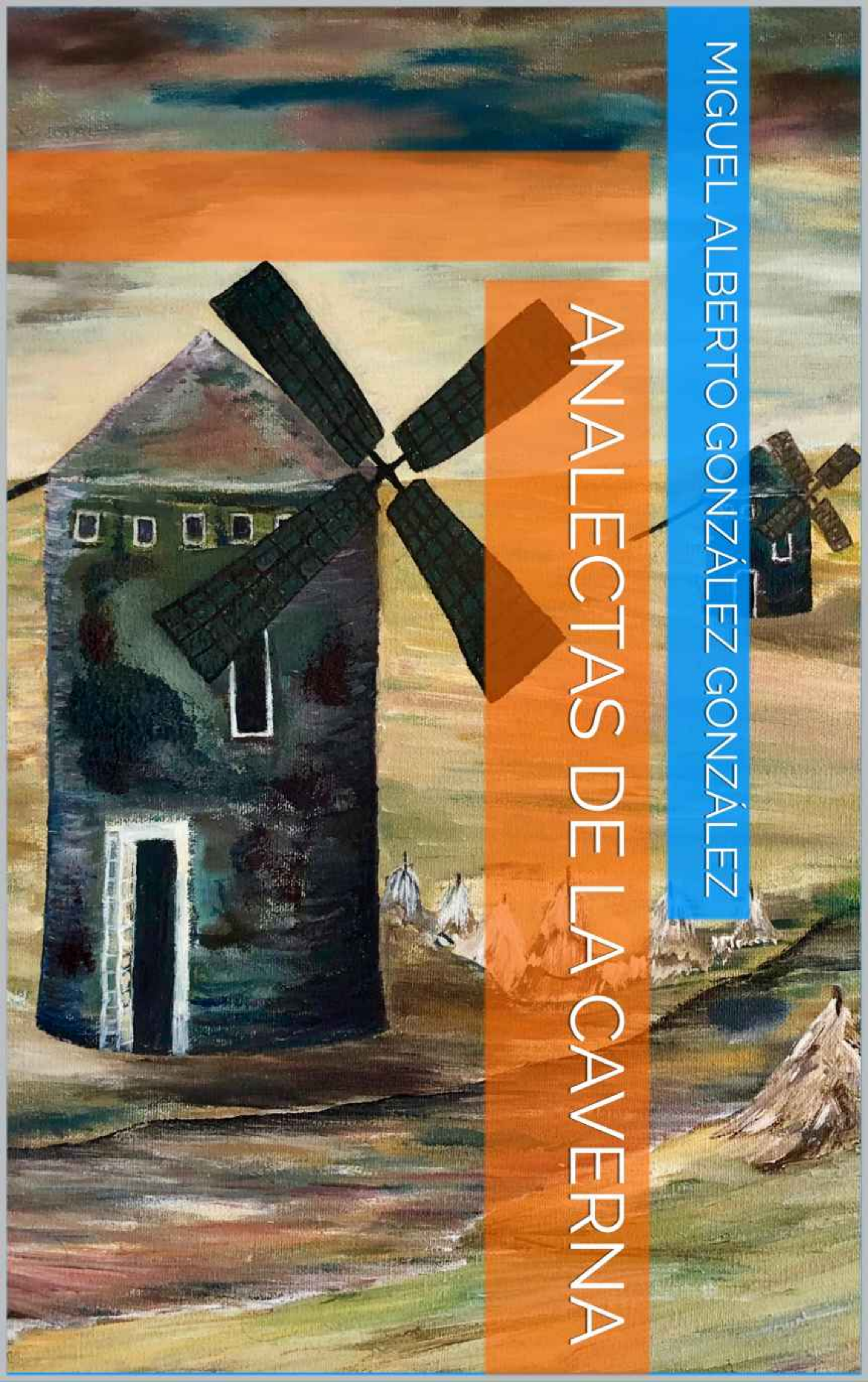


MIGUEL ALBERTO GONZÁLEZ GONZÁLEZ

ANALECTAS DE LA CAVERNA



Miguel Alberto González González

Analectas de la caverna

Miguel Alberto González González

Analectas de la caverna

Miguel Alberto González González, original 2004. De la presente versión, con actualizaciones, 2018.
mgcaronte@me.com

Analectas de la caverna / Miguel Alberto González González

ISBN: 958-8236-06-1

ISBN: 9781717827630

Pintura de la portada: óleo sobre lienzo. (2018. Título, **Molinos y sueños**, obra de Miguel Alberto González González.

Ilustraciones internas. Mario Bustamante

Pereira: Editorial Papiro. Primer Edición.

Washington: Amazon. Segunda Edición.

2004.

Dedicatoria

Este libro se lo dedico a los hombres
que huyen de la caverna. Intuyo que
para ellos la sombra es otra forma
de esperanza.

A los que han denigrado del hombre
como proyecto. Me uno a estos
apóstatas sin permitirme una sola
queja.

Agradecimientos

A quienes me colaboraron, ellos y yo
sabemos: se pierde el tiempo. No
hay excusas. En mi inocencia soñé
con fugarme de la agrietada
caverna.

Índice

Introito	12
Y los sueños, sueños son	17
El proceloso devenir	29
Lobos del amor	43
Espíritus sulfurosos.....	63
Ideales de la caverna.....	87
Laberintos de una despedida	115
Ejemplos para el conde AibmoloC	141
Utopías de escritores.....	153
El trasegar sin rumbo.....	177

Introito

Aparte del tradicional significado imaginativo del lenguaje, hay otros que completan nuestra capacidad, tan colombiana, para ver el mundo de manera distinta a los siempre culteranos españoles, al enfoque empirista de los anglosajones, y al eterno racionalismo francoalemán.

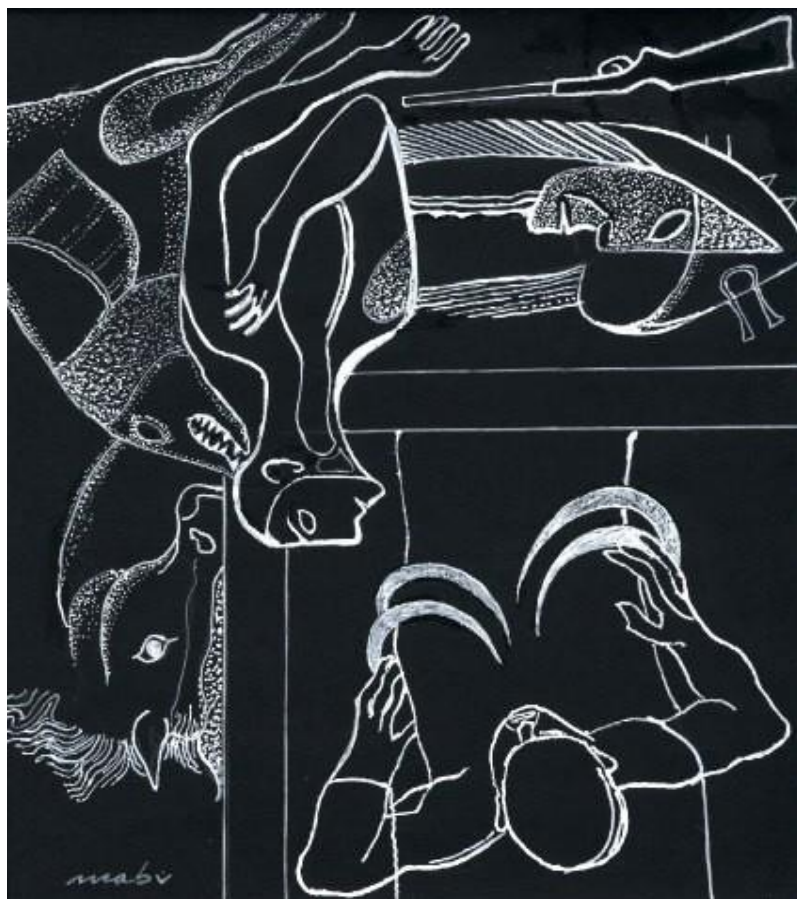
Además del manoseado “realismo mágico”, nuestros escritores llevan, muy adentro, una enorme capacidad para lamentarse. Les duele terriblemente esa condición humana que debemos soportar de manera inexorable. Lo cual está muy cerca de aquello que los griegos llamaban filosofar ¿Qué representa nuestra escritura contemporánea sino un descomunal —y ciertamente filosófico—, lamento por el hombre, por nuestro hombre?

Hace unos lustros, antes de que apareciera el pequeño boom de literatura “prêt à porter” que hoy soportamos, los aspirantes a escritor detectaban dos clases o

“formas de lamentar- se”: la implícita, tipificada por Rulfo y García Márquez, y la sofisticada, directa y casi culterana de Borges.

Miguel González trató de resolver a su manera este dualismo. Aunque sus personajes habitan pequeños pueblos, aunque su ambiente parece elemental y simple, se plantean asuntos que de puro locales se tornan universales. Y es que en todas las aldeas colombianas, a pesar de la endémica violencia, de las estrechas condiciones de vida, siempre encontraremos a alguien que utilizará sus dos dedos de frente para “filosofar”, o mejor dicho para lamentarse de manera inteligente: unas veces será el cura, otras el abogadillo, el odontólogo o el ignorado policía que debe soportar el peso de la tragedia en sus cartucheras. Todos son personajes porque todos sufren, mas sólo algunos conservan esa capacidad para el lamento tan bien captada por Miguel con un tono de humor, ese sí implícito, que nos hace sospechar la recóndita existencia en su interior de un poco de esperanza, velada con cierta capa de aparente cinismo.

Alfonso Gutiérrez Millán



Y los sueños, sueños son

Hay gentes que sus sueños se desvanecen al primer viento, hay, también, gentes que nacen para carne de cañón y sus sueños no se desvanecen ¿Qué pensará Dios de esos destinos manifiestos tan extraños?

Las gentes que sueñan despiertas tienen una textura diferente, accionan el mundo con otras lógicas a los que sólo sueñan mientras duermen.

Enclavado entre dos cordilleras tutelares sobrecargadas de exuberante vegetación, surge un pueblo suramericano que se debate entre la utopía y la desafiante realidad. Allí, hoy se percibe con agrado el fluir de una ligera brisa proveniente del río cercano que apacigua por momentos el chispeante sol de un cielo añil, en cuya esfera revolotean jugueteando raudas golondrinas que parecen augurar con sus alegres movimientos la llegada inminente de las lluvias.

En ese ambiente amodorrado por el calor, sobresale la plaza pueblerina, adornada ahora con festones, pancartas y coloridos globos que engalanan los árboles centenarios y las chambranas de las casas circundantes. En el centro de la plaza, se encuentra una muchedumbre que espera las palabras de un novel mandatario. De pronto irrumpe el alcalde Elíber Useche. Es el prototipo andino, de unos cuarenta años, de movimientos seguros. Viste pantalón blanco de lino, camisa verde con botones negros, poncho al hombro y botas negras media caña, quien sin dilaciones, y conmovido por los aplausos, abre una carpeta, la descarga en el atril, toma la primera hoja y con voz entrecortada inicia la lectura de una emotiva alocución:

—Yo, Elíber Useche, salido de la calle, conocedor del significado de una miseria sin asomos de indulgencia, arrullado por una incontenible y demencial violencia, la misma que se gesta desde la colonización española, quiero contarles mis ideas para dirigir los destinos de esta población. En la calle recojo reveladoras vivencias, luego en la universidad asimilo la teoría y con posteridad realizo viajes a otras ciudades de Europa, África y Asia, allí depuré conceptos de gobernabilidad que, en el buen sentido de la palabra, aplicaré aquí.

La voz de Elíber Useche es filosa, su modulación no es la de un político consumado, pero se comprende el esfuerzo por hacer que lo parezca. El alcalde levanta su mano derecha, extiende los dedos indicando que requiere silencio para proseguir. A la señal y como si naciera un nuevo mesías, cesa el bullicio.

—Muchos de los presentes me vieron o conocieron que deambulé por las calles de la capital del país. Ustedes son testigos y saben que vencí esas dificultades. Estudié con suma dedicación; las academias, no tan generosas, abrieron sus puertas, no sin antes esquilmar los pocos ahorros de mi exiguo salario. Ello corrobora lo que sé de buena tinta, imposible ignorarlo: el capitalismo no es generoso ni consigo mismo.

—Diosito lo acogerá en el cielo —salmodia una señora con irrefrenable ilusión, mientras se persigna.

El griterío y los aplausos no permiten escuchar una a una las frases del mandatario. Transcurren por lo menos tres ovaciones, cuando Elíber traslada su mirada a lo profundo de la plaza para reiniciar con expresión dolida:

—Viví en la indigencia. Hoy, superada esa nefasta etapa, deseo mostrar que es posible resurgir. Disfruté de mala manera, si es que eso es disfrutar y luego de indecibles

suplicios odié los estupefacientes, de esta amarga vivencia he recogido lo mejor. Salí del abismo, salté de la muerte social, por lo tanto, el futuro es una construcción y un azar.

El sitio apretujado de gente prorrumpe en aplausos, unos gritan eufóricos, mientras otros celebran con estridentes chiflidos. La plaza se ve insuficiente para soportar la entrada de una persona más. Una niña de batola gris con la mano derecha blande una deshilachada bandera, insistente le hace carantoñas en el rostro a su madre; ella le aparta los dedos con brusquedad, no quiere perderse ningún gesto del mandatario.

—Me tocó en suerte viajar a muchos lugares del mundo, unos menos dramáticos que otros, de esta travesía académica acopié variada información sobre las gestiones de sus alcaldes. Gracias a esas recopilaciones entiendo cuál es la verdadera función de un gobernante. Por ello dedicaré mi proyecto a reforzar la educación, a entregar cuadernos, libros, vestuarios y elementos deportivos al estudiantado; sin duda, en cualquier sistema, los niños son el centro de atención, la razón de ser, el norte histórico de la humanidad. Mi plan incluirá a los indigentes, quienes en su mayoría provienen de familias desamparadas, ellos, por desgracia, se refugian en los

alucinógenos por el hambre, el maltrato, el abandono de los progenitores, los abusos de autoridad y la falta de presencia estatal; mi administración se encaminará a confrontar estos flagelos. Ningún estadista debe sentirse orgulloso de la prosperidad económica si hay ruina humana; los capitales bancarios nos enseñaron a socializar las quiebras; las ganancias se quedan en los dueños, las pérdidas en los usuarios.

El cafetín diagonal a la carnicería está repleto. Las palabras de Elíber allí no interesan; la música se confunde con las risas y el tintineo de pocillos y vasos de licor. A ratos la algarabía disminuye, entonces por las ventanas y puertas entra rallando cristales la voz del posesionado alcalde.

—En los tiempos que corren, la iniquidad carcome las huestes humanas. Por ello, fieles a su estilo oficinesco, nadie del gobierno se apiadó de mí; es cierto, los estamentos de justicia me tildaron de riesgo social, sin saber que el riesgo son ellos. En consecuencia, a todos los integrantes de este gobierno los comprometeré en labores resocializadoras de aquellos que, movidos por la fatalidad o el marginamiento, caen en desgracia.

Su rostro sudoroso y los puños en alto desafían al atosigante calor, al fin de cuentas, su reciedumbre le ha permitido encumbrarse sobre sus hombros no sobre las espaldas de los demás. En un rápido movimiento cambia de hoja y reemprende la lectura:

—Les agradezco por haberme elegido alcalde; triunfamos por abrumadora ventaja. Mi propuesta sencilla de conjuntarnos para rescatar la dignidad social fue aceptada; creyeron en mí, en el esquema de gobierno formulado. La corrupción rara vez comienza por el pueblo. Por ende, bajo mi mandato lucharé por que la justicia deje en buen lugar a los transgresores de la ley. Los recursos económicos y materiales son insuficientes; pero los encauzaremos hacia la práctica de labores sociales. El fracaso de cualquier sistema educativo, político y económico son las cárceles, seremos más creativos para resolvernos sin cárceles.

Un pajarillo de alas negras con puntas plateadas y plumaje rojo aceitoso, se remonta de techo en techo; su compañero, al menos eso parece, lo hostiga. Un viejo de camisa y pelo pardo se interesa en los atraentes intrusos, los observa con envidiosa curiosidad. A ellos les estorba el hombre, piensa. Cuando se le pierden, centra sus sentidos en el personaje que

los tiene allí reunidos más de media hora.

—Me comprometo a no propiciar fiestas, banquetes, despedidas ni despilfarros con dineros del erario, prohibiré la publicación de afiches, la impresión de revistas y libros para alardear del alcalde o de los funcionarios de esta administración. En ningún momento se dirán sandeces de burgomaestres anteriores, se actuará sin rencores ni persecuciones; no se culpará a nadie del pasado; pero, eso sí, la evaluación de sus gestiones servirá de antecedente interno para adelantar el *mutatis mutandi*, en resumen, mudar lo que se debe cambiar.

Muchos, por no indicar la mayoría, no comprenden los rebuscados términos; discurso que, por su contenido, se puede confundir con un manifiesto de aquellos que circulan en toldas científicas. Lo apremiante para ellos es afrontar su miseria, y advierten en el nuevo gobernante la mejor candidatura para torcerle el pescuezo a tanto abandono.

—Aquí y desde ahora —explica Elíber en tono alborotado—, la comunidad de esta villa se diferenciará de los restantes municipios del país por respetar la condición esencial del ser humano. En todos los niveles de esta colectividad se

reforzarán los conceptos éticos, estaremos prestos a liberarnos de opiniones negativas y falseadas de nosotros mismos.

—¡Que viva nuestro alcalde! —vocifera un campesino de ánimo eclesial.

—¡Viva por siempre! —corea la enardecida audiencia.

—Partimos del criterio preponderante de hacer más vivible el mundo, de aprender a vivir juntos.

La agitación, los aplausos y vítores impiden escuchar la totalidad del discurso. Sus frases son más consoladoras que prácticas. La gritería se contiene, de nuevo se oye con claridad.

—Es lastimero toparse con las víctimas que deja la guerra; el rubor debe subir a nuestras mejillas por tanta iniquidad. Sería injusto olvidar que nadie gana una guerra. Si compramos armas se ampliarán los cementerios. Abandonemos las pugnas, sepulremos las armas y no a los hombres asesinados por ellas.

Cuando Elíber Useche pronuncia la última cuartilla de la arenga, siente el firme caminar de una persona a sus

espaldas, es un usurpador de la justicia. El visitante rompe en fragmentos las divagaciones del mandatario. Se cumple el vaticinio de Elíber. Pueblo que al arma se aferra, al fin la guerra lo entierra.

Él mismo lo expresaba: «no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague cuando se vive al toma y al daca». No hace nada por impedirlo, de plomo, sus pies se vuelven de plomo, un frío existencial lo petrifica, no intenta correr ni gritar, ya ni piensa en futuros; no dispone de tiempo, no vale la pena. Nunca se habían visto unos ojos tan humanos.

El asesino empuña el arma. Frenético le dispara tres certeros proyectiles al discursero por ser un inadaptado, un estorbo, uno más con las mismas. Ejecuta su misión precisa y concisa de equipararse a Dios al separar las ovejas negras o que así lo parezcan.

—Muchas humanidades ni en los sueños se divierten. Suerte extraña ésta la de vivir en un mundo que no avanza, en el cual ni tan siquiera se puede soñar con ser alcalde. ¿Cuántos muertos se requieren para saber que ya es suficiente? ¡Acaso todos! —Balbucea Elíber con una suerte de orgullo vergonzoso, mientras agoniza en un mar de sangre.

La multitud asustada se dispersa. Al fin de cuentas, de ella emerge Elíber, el homicida y otros indolentes; pero a no olvidar que de ella seguirán resurgiendo los hombres con su impensable proceder.

Segundos después muere como tantos otros utopistas del planeta que sueñan con resolver los problemas de una comunidad sin siquiera remediar los propios. En un acto de rebeldía quieren desconocer que la existencia es una efímera peregrinación y que, en el peor de los casos, surgen quienes la arrebatan, matando desde adentro la libertad ilusa de los sueños, como si al final la vida fuera un sueño.

Ya lo había expresado Calderón de la Barca: «El vivir es una ilusión, una ficción; toda la existencia no es más que un sueño, y los sueños, sueños son».



El proceloso devenir

Lo eterno es el cambio, lo eterno es el devenir ¿Por qué nos imaginamos la eternidad inamovible o el deseo inmutable?

No es un gran descubrimiento dar por sentado que los seres humanos somos contradictorios, extraños e imprevisibles, con poca coherencia en los actos; por lo regular actuamos de manera inversa, cuando de afrontar un problema se trata. Damos consejos que no sabemos poner en práctica, exigimos la verdad con mentiras de por medio, creemos en las predicciones que elaboramos, pero no tenemos noción de lo que pensaremos al siguiente minuto. La extraña idea de ser coherente entre lo que pensamos, decimos y hacemos no es para los humanos, ni siquiera para los dioses, sólo es para las máquinas y, a veces, se saltan esa asquerosa linealidad, se burlan de ese algoritmo, por suerte.

En un distante pueblo de Colombia profesor y alumnos disciernen —al estilo de la antigua Bizancio—, sobre temas de alguna trascendencia o poca monta, según se mire. Ellos, al igual que sus

compatriotas, viven de espaldas a la realidad. A Clodomiro, oriundo de la capital, profesor de metafísica, le gusta discutir con los estudiantes acerca del pensamiento crepuscular de esos nebulosos personajes, llamados filósofos.

Merley, un ex alumno de Clodomiro, en un principio tildado de atontado, hoy es admirado por su inconcebible estoicismo. Un idealista graduado en ciencias políticas quien, pese a estar desposeído de autoridad, actúa de alcalde. En el único bar del pueblo truenan los alaridos de música nortea, mientras Merley, al tenor de unas copas, evoca sus épocas de bachiller, apura un aguardiente y decide relatar una de esas clases de humanidades que por siempre lo marcaron:

<<—¿Qué pasa, si de repente y por arte de magia, o de mafia, comienza a regir los destinos de este país un déspota al estilo de Hitler?

La exposición del profesor Clodomiro la interrumpe Uldarico, el alumno más aventajado:

—Mire profesor: no ocurre nada que al hombre lo conmueva; asesinan a otros cuantos, pero el mundo de los humanos no detiene su loco girar; y ni crea que Dios viene a salvarnos: Él nunca se desvela por ningún ser.

De plano, lo increpa el catedrático en trance de disipar las dudas:

—Carajo, Uldarico, nadie detenta el privilegio de la verdad, ni la exclusividad del error, ¿cuánto hace que acordamos de no volver a chacharear sobre dioses o entelequias inexistentes? Pregunto de nuevo: ¿Es necesario otro bárbaro, al estilo del führer del Tercer Reich, para purificar la raza y contener tanta violencia con otra virulencia peor?

El silencio es total, nadie opugna. ¿Quién lo creyera que en un pequeño pueblo andino, a unos ochocientos cincuenta kilómetros de la capital, surgiera alguien interesado en evocar los penosos genocidios de ese nefasto personaje?

En ese momento entra apresurado el rector ahogando su grito en el vacío:

—Han empezado las fumigaciones contra las plantaciones de coca. El veneno chisquetea los techos y cultivos. El Estado acoyunda a los campesinos con estas avanzadillas de irracionalidad. ¿A quién demonios le importa la suerte de los campesinos?

—No hay de otra —apostilla Uldarico con sequedad impropia a su personalidad—, ves, Dios ni se inmuta ni se emputa.

El director monta en cólera al notar que profesor y estudiantes no detienen el debate. No puede ser que —piensa el rector para sí mismo—, se la vayan a agarrar con el Divino Hacedor, es el colmo ¿hasta dónde hemos llegado?

Entonces, desgarrado por lo visto, y resuelto a destituir a los docentes con ideas anticristianas, los deja con una mirada de pocos amigos e ingresa a otro salón para informar la mala nueva.

—Mi primera pregunta —apunta Clodomiro con valeroso desparpajo—, es básica. Ya tiene respuesta: a Hitler, clonado, lo tenemos gobernando en las multinacionales. Nuestro inconveniente es que no existen programas claros para darles otra opción a los labriegos de estas zonas; si cultivan estupefacientes es gracias a la violencia atesorada por los capitalistas.

El inquieto Uldarico, vinculado a la realidad como ninguno otro de sus compatriotas, repara un desteñido mapa de Colombia que pende de la pared. Exterioriza una mueca, luego y sin asomos de nostalgia persevera en polemizar:

—Oiga profesor: Heráclito manifestó: *panta rhei*, o sea, todo corre, fluye. Él sostuvo que nadie puede bañarse dos veces en el mismo río, porque nada permanece estático, las cosas

transcurren; es decir, uno no es el mismo, ni el río tampoco. Lo que si veo es una contradicción, por ejemplo, en materia de suplicios, llevamos décadas aguantando horrores: sólo varían los nombres de las víctimas, la bestialidad campea y ninguno parece interesado en atajar el holocausto. Se ven cambiar muy pocas cosas; el tiempo parece detenido; es claro, aquí no se cumple la reflexión inferida por Heráclito.

—Caramba, en eso ostentan algo de razón usted y Heráclito de Éfeso. Comprenda: uno ya no es el mismo cuando revisa estas paradojas.

—¿Qué piensa sobre el Discurso del Método? —consigue preguntar otro estudiante, en tono cauteloso.

El profesor, distanciado de cualquier fundamentalismo, responde:

—Las convicciones que, en orden a esto adquiriré, me permiten rumiar el tema: vea, método es la argucia que se debe aprobar para salir ileso de este conflicto; y el discurso es un eficaz artilugio con el cual los políticos arrancan votos. *Pienso, luego existo*, aquí en Colombia lo podemos ajustar de muchas maneras: corro, luego existo; mato, luego existo; miento, luego existo; robo, luego existo; destruyo, luego existo; compro, luego existo; festejo, luego existo.

—¿Y sólo sé *que nada sé*? —inquiére una joven.

—Bien muchachos, esa expresión de Sócrates es opuesta en su uso latinoamericano. Aquí escuchamos y vemos cuando ocurren las cosas, los corruptos se llevan los dineros, las fuerzas de seguridad violan los derechos ciudadanos, los políticos venden nuestros mares, los bancos nos quitan las propiedades, los dueños de lo ajeno nos despojan en las calles y cuando nos preguntan, respondemos como el filósofo cansado: con silencio y más silencio. *Sólo sé que nada sé* es un tributo para darnos cuenta de que ignoramos mucho, pero, en nuestro caso, es la excusa para no decir lo que sabemos.

—¿Y el de la Razón Pura? —indaga Uldarico con ingenuidad no fingida.

—¿Qué formita la de preguntar? ¡Vas de trecho en trecho! Entiéndelo desde ya, a los latinos nos gusta presumir de ser reflexivos y ahuyentarnos de nuestra emocionalidad, valoramos más a los europeos que ellos mismos; queremos desconocer que a nuestra raza la ahoga una imaginación sin fronteras, la cual podría ser superior a las mismas formas coaguladas de pensamientos eurocentristas —sin parar en detalles rebate el profesor, mientras contempla el plomizo cielo.

Uldarico no quiere silenciarse, insinuando que el tema lleva trazas de no agotarse, entonces envía el siguiente dardo:

—¿Cuál es su filósofo favorito? A mí todos me parecen aburridos y rancios, me acojo a los vitalistas.

—Usted es un pozo de inquietudes. No sé. Los filósofos son interesantes e inextricables a primera vista, viven de la confusión y de su ignorancia. Más que aclarar confunden, a ratos me enamora Heráclito cuando escribió: la guerra es el padre y rey de todas las cosas, a unos hace esclavos y a otros libres. Lo verdadero es que nos estamos destruyendo, lento pero con firmeza. Ahora recuerdo haber leído un axioma de Kant que viene perfecto al caso: la guerra es mala porque hace más hombres malos que los que mata. No falta sino que a ustedes —dijo dirigiéndose a un grupo de alumnos ansiosos por intervenir en la discusión—, se les ocurra opinar que el superhombre anunciado por Zaratustra nacerá en este peladero.

El joven Uldarico insiste en hincar el estilete de la duda:

—Aunque no tengo bases ciertas, a menudo pienso que la verdad, la filosofía y el amor son cosas vetustas, sirven para enredar la vida. Son una condena, es como entrar al patíbulo y eso no es justo.

—Ahora bien, —arremete Clodomiro retirando su imaginación hacia el pasado—, en pos de recrear la discusión, lo diré sin argumentos, no siempre se necesitan bases para hablar, bien se puede discurrir por simple capricho o por conocer cuan banales son los otros en sus conceptos. La filosofía y el amor son gaseosos, por ello nunca envejecen, se sostienen. Hace dos mil quinientos años pensaban y se enamoraban como hoy, por lo visto el no ha envejecido; igual sucede con la filosofía, llevamos veinticinco siglos repitiendo lo mismo, pero con otras palabras y tampoco ha enmohecido, cada pensador elucubra de acuerdo a su circunstancia histórica. En cuanto al paredón de fusilamiento, eso es capítulo aparte, quizás, lo que justifique ingresar allí, será el goce de ver aparecer al impetuoso perdigón, distinguir su forma, oír el ruido de su desplazamiento cuando arrebatado le desgarran al viento su alma, y en el instante que ingrese al cuerpo, oler la exquisitez de la pólvora ardiente, gustar su sabor a plomo derretido, sentir su calor cuando cave el orificio mortal por donde entra la parca y sale la vida, para que así la muerte viva por siempre.

Los estudiantes se miran con el rabillo del ojo, están alelados oyendo al cicerón de aula, al guía de lo etéreo, quieren que siga conversando, pero ya se hace tarde. El estruendo de las aeronaves y el guirigay de los otros cursos no dan para más.

—Ni modo —anuncia el docente con autoridad meridiana—, *Ex nihilo nihil*: de la nada, nada viene, señaló Persio en sus sátiras. Veamos el mensaje del gobierno que, sin duda, no ha cambiado: consiste en fumigar con plomo a los pobres y con herbicidas las siembras que concitan la felicidad a tantos gringos. Para mí, la solución a esto es campechana: legitimar lo prohibido, volver legal la venta y compra de estupefacientes y, crease o no, esa será la gran apuesta del siglo XXI, aprobar y legitimar los estupefacientes que con ellos se beneficiarán los estados percibiendo impuestos>>.

Al ritmo nostálgico del tango Cambalache, *el mundo fue y será una porquería...*, el alcalde Merley, entre aguardiente y aguardiente, rememora aquellos hechos.

Desde el fondo del casi desolado bar, el cantinero, ebrio, desliza la siguiente pregunta:

—¿Qué pasa con Uldarico y qué es de la vida del profesor?

El burgomaestre, vestido de antiguallas, con raro orgullo, responde:

—Manda la verdad decir que no han sido gran cosa. Años después, Uldarico se gradúa de piloto en la Academia Militar,

luego es enviado a entrenarse en otras latitudes para aprender y así proseguir, con odio de patria, las modernas maneras de erradicar contradictores. En ese lapso, al profesor Clodomiro —quién es magnífico como el sol, y tan lejano como éste—, le da, según sus palabras, el *taedium vitae*, o aburrimiento por la vida. Se trasladó a la capital; allí dicta clases y divaga sobre diversos temas abstrusos. A trancas y a barrancas persiste en encontrar el *arjé* u origen de las cosas, asunto sobre el cual nunca se avinieron ni los espabilados griegos. El docente vive ucrónico, en otra galaxia, alejado de la realidad nacional, en resumen, masca en voz baja viejas maldiciones. Prefirió seguir haciendo coro junto a sus coterráneos, que hablamos y hablamos sobre hechos insulsos, mientras se nos diluye el país en un incontenible río de sangre. Ese sí parece que jamás cambia, contrariando el devenir anunciado por el oscuro Heráclito.

—Eso no lo explica todo. A ver: ¿usted por qué sigue de alcalde? —le increpa el compañero, estrellando su voz en las paredes.

—Infinidad de veces las preguntas aparecen más tarde que las respuestas. —Al llegar a este punto no puede contener un suspiro—, continúo viviendo aquí, para oponerme a la entropía, al desastre total, porque entre otras cosas me niego

a dejar el poder. Mi compromiso pocos lo interpretan, consiste en desentrañar los hechos para no dejar olvidar en la frágil memoria de los humanos la incapacidad que tenemos para enfrentar y resolver los problemas que en verdad nos agobian. Es cierto, los hombres somos de una desfachatez incurable, ante situaciones calamitosas culpamos a los demás para maquillar nuestra ineptitud.

Un silencio otorga la deshonra. Ninguno vuelve a emitir comentarios. Entonces, suspendidos en la marejada del tiempo, borracho y alcalde se miran con sospecha; al fin de cuentas son los únicos sobrevivientes que, cual sombras espectrales, continúan habitando aquel relegado y desmantelado pueblo sin saber que los estupefacientes se vienen legalizando en las grandes ciudades y que, como dijo el profesor, “A finales del siglo XXI los narcóticos serán el nuevo esquema de financiamiento estatal para sostener el sistema educativo y científico”.

Ambos se abrazan convencidos de que: Hay sociedades en que lo eterno no es el cambio ni la eternidad inamovible, sino la estupidez.



Lobos del amor

El ser humano no sólo es lobo de los otros,
en ocasiones, es el peor lobo de sí mismo.

La mayor virtud humana es compartir,
aunque no es la más practicada.

La siguiente historia, extraña como la manzana del Paraíso judeocristiano, es verídica y así lo confirman los hechos, quien no la crea que deje de leer estos relatos porque en este libro no tenemos espacio para incrédulos ni sabiondos.

El intelecto vivaz de Fermín le posibilita exponer sus ideas con recursiva habilidad y destreza plausible. Sus disertaciones suscitan reprobaciones; sus metáforas se manifiestan extrañas a sus cercanos.

La soledad desenmascara su otra forma de vida; el silencio es un aliado cuando quiere aparentar aires enigmáticos. Aquel jueves, en particular, no encuentra sosiego, su imaginación

corre, vuela y a menudo camina, pero en ningún momento descansa. Lo asalta la inutilidad de la existencia.

Nathalie es una de las nuevas residentes del barrio, se trata de una chica de movimientos delicados, piel blanca y sensual, ojos verdes y labios de fresa. Fermín, sucumbe ante esa belleza; tiene oportunidad de fijarse en ella cuando en un rojizo atardecer, que evoca en su memoria el sol de los venados, la ve caminar distraída por el parque. Va vestida con una blusa amarilla y un ajustado pantalón blanco que dibuja parte de los atributos carnales otorgados por natura.

—Ejerce la profesión de odontóloga —apostilla uno de sus amigos.

— Bueno es darse cuenta de ello, porque así no tenga carriada la muela del juicio, me la hago extraer con tal de sentir sus manos en mi cara.

Un martes, cuando menos lo espera, se aparece a la oficina aquella agraciada joven para requerir su ayuda. Luce glamorosa, viste blusa roja y una minifalda que permite imaginar su ropa interior.

—Hola, buenos días, soy Nathalie, llevo unos días viviendo aquí, y gracias a informaciones de terceros supe de tus saberes.

Sonriente la recibe, le indica que tome el asiento y escucha con emotividad a la joven.

—Tengo dudas sobre unos conceptos jurídicos —impaciente refiere ella—, y aspiro a perfeccionar un ensayo sobre: *La jurídica y su importancia en el mundo contemporáneo*. Aquí traigo el original en inglés. No he podido traducir estos documentos debido a mis escasas nociones de este idioma.

Ni un segundo tarda Fermín en asentir ofreciéndole su colaboración; sin ningún disimulo observa aquellas caderas. Ella, con musical sonrisa, entrega los folletines. Para ellos, las cosas ya no son, para siempre jamás, las mismas.

—Pierda cuidado, en casa les daré una ojeada, si quieres nos encontramos mañana y juntos vemos estos temas —anuncia Fermín con inocultable regocijo.

Ella admite la insinuación, y de paso le agradece el gesto. Entre tanto, Fermín corre apresurado para el auditorio central donde lo apremia uno de esos infaltables, pero urgentes,

comités de gerencia. Concluido el mismo sale raudo para la casa.

Allí pasa la noche en vela, ratifica en su computador que los programas de traducción son imprecisos, no han mejorado; por ello le toca desempolvar diccionarios, llamar a sus amigos y recurrir a sus apuntes hasta corroborar que la transcripción más o menos corresponda al original.

Se reúnen a la hora convenida, buscan la zona menos ruidosa de una cafetería. Fermín, muy comedido, le entrega unas juiciosas observaciones y la versión en español del texto *Modern life and philosophy*. Sus carcajadas sacuden el aire cargado de humo.

Entre serias disquisiciones y tazas de café les desfila el tiempo, tanto así que salen del recinto y en la plaza continúan revisando notas y glosas. Eufóricos se despiden, Nathalie le paga el esfuerzo intelectual con un beso que lo hace descender en bolas de fuego a los abismos y ascender en refrescantes algodones de agua a las cumbres níveas.

Fermín ya es otro, escribe cartas de amor, envía flores dos veces a la semana, llama a deshoras con argumentos contrarios. Canta canciones de amor en el baño, le recita por teléfono sonetos de Machado, plasma en esquelas poemas

que él plagia, los cuales firma con el seudónimo: El Mago de la Alhambra.

Ella, que no se hace la reticente, devuelve melosos escritos, inventa poemas, e incluso le manda unos anturios con una apostilla: «apacenta tu alado corazón, todo llega a su tiempo». Lo saben los sabios: lo que antes fue irresolución, hoy es certeza y quizás mañana será de nuevo indecisión.

En el barrio llevan varios días preparando un certamen de poesía. En aquella mañana, se encuentran camino a la plaza; allí, los concursantes declaman sus trabajos ante los espectadores. Le toca en suerte ver acercarse a Nathalie, viste una marinera amarilla de sugerente escote con una vaporosa falda blanca en la que se adivinan unas diminutas bragas negras, dignas porteras del arco de placer.

Fermín la aborda con naturalidad, se sientan en dos de las pocas sillas libres. Los recitales tornan pegajoso el ambiente; los sonoros aplausos rasgan el aire de aquella mañana. Juntos continúan intercambiando opiniones, y sonrientes resultan hablando del *to be or not to be*. Así, entre versos, guiños y canciones, Fermín aprovecha la ocasión para entregarle un plegable en el cual aparecen dos lobos y en tinta escarlata: a tu lado concluyo que para sentirse en el cielo, no es premisa morir

con camándula en mano. Un beso, entre tierno y libidinoso, sella el pacto.

Así fue que el certamen poético sirve de pretexto a la pareja para emprender viaje a un montecito no lejano del parque. En un alcor del camino se dan un beso, a este beso sigue otro, las promesas y juramentos no tardan en llegar. Al caer la noche fijan las miradas al cielo estrellado, la constelación de Sagitario se distingue con claridad, de pronto, influenciados por los destellos, sus cuerpos se atraen, las manos nerviosas de Fermín palpan los tensos muslos, le suelta la falda que cae al suelo, luego los labios van deslizándose justo a la conjunción de las piernas. Ella posa sus manos en la cabeza del amante, abre un poco las piernas y cierra los ojos. Entonces Fermín, primero con la punta de la lengua, después con los dedos le corre las bragas hasta despeñar la pasión en aquella desbordante mujer. La saliva de él y el flujo del sexo de Nathalie descenden en hilos por la pierna izquierda formando caprichosos dibujos. Los aromas y sabores se mezclan, desconectando a los amantes de los avatares del mundo.

Ella no opone resistencia, tampoco señala: esperemos, no lo haga, no me apetece, no apresuremos los hechos, busquemos otro sitio más apropiado, hoy no puedo, déjame pensar. Todo en Nathalie es voluntad. Con suma delicadeza le quita las

humedecidas pantaletas cuidando de no reventarle los encajes, reverente las cuelga de una rama del árbol a manera de bandera. Su boca reemprende el ritual amatorio, pasea por la piel, le besa el ombligo, por instinto detiene su caricia en el pubis, saborea incontenible, por segunda vez, las mieles y exquisiteces del sexo.

A la sombra de un estupendo mango se abandonan al regodeo, apoyados en el tronco realizan el amor a usanza primitiva. Lo disfrutan imitando a los dioses, gritan cual felinos, acezantes arañan sus pieles, la ardorosa respiración va en ascenso a medida que la excitación los acerca al delirio final. En ese instante ella descubre que, en sueños e imaginaciones, él debió haberle hecho el amor mil veces. Caen al prado exánimes, al cabo de unos minutos de delicioso embotamiento se despiertan alegres; entonces él decide filosofar alrededor de una tragedia.

—Fíjate Nathalie —expone Fermín con invencible ánimo—, volví a Nueva York cuando las torres gemelas ya no estaban en pie, ya no pertenecían a la ciudad, o quizás, ahora es cuando más le pertenecen. Pese a mi contradicción, intuyo que muchas cosas ya no son de esa ciudad; por ello Dios, así no exista —aclara con pedantería—, en franca envidia no hizo nada para evitar su desaparición. En cuanto a las muertes que allí

ocurrieron, bueno, de todas maneras se iban a morir, lo mismo daba adelantarles la fecha.

—Lo de las torres gemelas lo entenderemos cuando el tiempo tape a los muertos y algún desorientado decida destruir otra cosa por física fruición; oí decir que —reitera ella—, los hombres son los más grandes enemigos de su especie. Lo que unos tratan de inventar, terceros lo deshacen por estúpido capricho.

Se abrazan un tanto pensativos y apresurados se visten, los rayos anuncian tormenta. Con paso afinado inician el regreso. Unos chiquillos los silban, Fermín y Nathalie no prestan oídos a los suspicaces corros. La deja en su casa. Al voltear la esquina, mete las manos al bolsillo de su pantalón, encuentra una nota donde Nathalie le escribe: *Por el momento soy otra, soy dueña del mundo, tu feliz amante.*

Sin embargo, la experiencia confirma que la dicha humana es efímera; la felicidad es la medida del placer y de la proporción de la vida. Días después recuerda con infinito detalle estas frases.

Transcurridos ocho meses de incesantes encuentros y deliciosas intimidades, la volátil ilusión de aquella pareja da la impresión de llegar a su fin. Debido a ello, concretan una

reunión en un restaurante. Nathalie, entonces, lo aborda diciéndole que alguien proveniente de la capital la visitará, por lo tanto, en aquellos días no deben encontrarse. Le solicita el favor de guardar la compostura, puesto que la cita le sirve para tomar la determinación más acertada en su vida afectiva.

Los ojos de Fermín delatan conflicto, el desespero no le permite expresarse en términos coherentes o en frases conciliadoras. La voz de Elton John es más nítida: *but it's no sacrifice, no sacrifice, it's no sacrifice at all...*, ya Fermín no se siente normal, sólo entiende la nostálgica locución del británico: *mutual misunderstanding..., when jealousy burns*.

—Desde que te conocí he pintado mi imaginación con tus recuerdos. Pero por lo visto, hoy mi esperanza queda burlada. Vete —le grita él con una frase lapidaria—, *facta, non verba*, hechos no palabras. Por ahora no quiero noticias tuyas, no comparto a nadie y bajo ningún pretexto acepto infidelidades.

Un tanto agitada sale del lugar con la tranquilidad de obrar en lo correcto. Ella reprueba en los varones su proximidad con los caprinos, porque al primer guiño de una hembra se chiflan y cometen increíbles disparates. La condición libérrima la aprendió en Venecia o Venice como ella prefiere, los viajes por

los canales le enseñaron que estos comunican con el mar y que el cuerpo es una góndola para salir al infinito.

Arrepentido de la ligereza para enjuiciar la situación, Fermín prueba inimaginables métodos para encontrarse de nuevo con la odontóloga. Su primera tentativa es infructuosa, ella lo evade, no acepta explicaciones.

—Lo sé, es impío amar demasiado, pero no estoy dispuesta a recibir insultos de un tartufo que al sentirme cerca dice idolatrarme, y ante cualquier anomalía, procede agresivo en sus raptos amorosos. Parece no entender que, en las aventuras amorosas, se disfruta y se padece —comenta a su ayudante de odontología.

La asistente le recuerda a Nathalie que los hombres se enamoran por lo que ven y las mujeres por lo que escuchan, de ahí que ellas se maquillen y los hombres mientan. Alegres se despiden, sabiendo que las mujeres tampoco son cortas a la hora de mentir.

Fermín se inclina por un camino más directo y acude a la residencia de aquella mujer, emprende el recorrido por una calle oscura y solitaria que bien conoce; una lámpara a modo de farol ilumina la vivienda, matizada de un verde caído, sin

preámbulos la relaciona con el relato, *La casa verde*, del escritor Mario Vargas Llosa.

¿Nathalie selecciona esa casa por su tonalidad? ¿No ha de ser puta como las inquilinas descritas en el libro del peruano? —se pregunta y se afirma.

Con los nudos de su mano izquierda toca la puerta, y a su encuentro aparece un sujeto cuarentón: alto, con semblante hosco y cabeza coronada por un rosáceo lunar, el pelo que falta en su cabeza le abunda en los brazos.

—Buenas noches, ¿está Nathalie en casa?

—No señor, hoy no regresa —concluye el informante.

Desconcertado por lo sucedido, se lanza a deambular; sabe con claridad que no va a cejar en su empeño. La luna a chorros alancea el jardín del parque. Allí se sienta a meditar, nada le sale bien, las estrellas lo iluminan de revés; los astros, antes propicios, ahora ejercen en su destino un sin fin de influencias negativas. En el camino a casa recuerda a Epicuro cuando en su escuela *El Jardín*, expuso la inutilidad de la filosofía si no curaba los eternos sufrimientos del alma.

Fermín llega a su domicilio, se acuesta de mala manera, no duerme bien, se levanta antes de sonar el despertador, afeita

las barbas, se viste con la ropa que usó el día anterior, bebe a sorbos un ácido jugo de naranja. A marcha atropellada se encamina para la empresa, al arribar el portero lo saluda.

—Hoy es día libre. ¿Acaso no recuerda, es primero de noviembre, nuestra fiesta patria y la de los muertos?

—Gracias por la aclaración, vine a realizar un trabajo estancado —miente.

—Concluí el trabajo represado —más entrenado, vuelve a mentir al vigilante.

Entrada la noche, emprende el camino a las afueras. Descansaría de buena gana un poco, pero ambiciona lograr a toda costa la paz interior; da varias vueltas a la pequeña alameda, cuenta los árboles, elabora mentales operaciones aritméticas para distraerse. Un inesperado susurro lo pone en guardia. Al fondo del parque vislumbra una pareja. Cuando logra verlos mejor, asombrado observa a un joven ciñendo por el talle a Nathalie. Ella luce un traje largo de color rojo, que Bertulfo con avidez levanta casi hasta la cintura. Fermín ve al feroz amante acariciándole el sexo. Un húmedo, leve y afrodisíaco olor invade a modo de aureola aquel lugar. Las bragas carmesí de finos encajes de Nathalie caen a nivel de las rodillas, se inclinan, asen sus manos con fuerza, funden sus

bocas en una, estrechan los cuerpos sedientos de pasión e inician una entrega frenética. Gritan cual desaforadas y enloquecidas bestezuelas, las uñas de ella desgarran la piel de su amante, ritual que practica al dedillo siguiendo los dictámenes legados por el Marqués de Sade.

Finalizado el ritual, con tono suave e inquisidor, Bertulfo la aborda:

—Desde que habitas aquí, ¿cómo te ha ido?

—Hace ocho meses vivo en este hervidero —contesta ella—, no he podido adaptarme; bien sabes mi amor, cada jornada trae su afán, se disfruta y habla según el estado de ánimo, algo anda raro en mí. Lo bueno de vivir es que no sabemos para qué servimos.

El demudado Fermín es testigo involuntario, a veinte metros y acodado a un resquebrajado árbol escucha las frases entrecortadas y los apasionados gemidos de placer.

—Figúrate Bertulfo —acota Nathalie, un rato después del segundo orgasmo—, qué parecido tenemos los enamorados con los traicioneros lobos. Imagínate, pensé en dejarte, conocí a una persona especial, se llama Fermín, tuvimos instantes memorables, de tranquilidad unos, trepidantes otros;

¿Recuerdas la carta remitida en junio donde te comunicaba que nos dejáramos? La decisión fue movida por esa cálida amistad iniciada con él.

Bertulfo la oye sorprendido; disiente a cada palabra de Nathalie. El abatimiento lo va derruyendo poco a poco, un hormigueo serpentea por el centro de su pecho, ramalazos de dolor placentero le destemplan los dientes.

Por su parte Fermín siente arder la cara, experimenta las heridas que en su ser provoca aquella conversación, las palabras escuchadas le zahieren los oídos, las imágenes de los amantes le parecen irreales, preferible que fuera un sueño. Él lo expresa, el tiempo es oro, y el oro es basura, y en estos momentos comprende que ni el oro ni la basura del tiempo le sirven para nada. No desea hablar ni emitir ningún sonido, su orgullo de macho se desmorona, procura correr pero sus piernas no le responden, experimenta en su alma el golpe artero, percibe que el anhelo de poseerla es vehemente e irracional. Ahora que recuerda, la encantadora Nathalie nunca le prometió amor eterno. Sus mimos, sus aullidos y su sexo lo transportaron más allá de cualquier goce, hoy su traición lo deja *ad portas* del infierno.

Abatido, Bertulfo baja la cabeza, la mira con recogida atención, suspira, frunce el ceño y grita:

—No entiendo, Nathalie, ¿Por qué no me pormenorizaste en la carta? ¿Para qué me hiciste venir? Debiste detallarme el romance. He sido un tonto al plantar tan pronto mis realidades amorosas en ti. En definitiva posees una habilidad innata para engatusar a los hombres —enfurecido da la espalda.

—De acuerdo —declara ella satisfecha, como algo mil veces sentido.

El dolor arrecia con toda su fuerza en los dos engañados. Fermín no soporta, cual lobo se abalanza contra Bertulfo.

—Imbécil cornudo —bufa Fermín tragándose los mocos con auténtica unción—. Lanza un puño directo a la nariz de Bertulfo, ambos caen, se revuelven en el suelo, sus trajes se van deshilachando y algunos hilos de sangre caen de sus rostros mezclándose con la tierra.

Nathalie con una calma indescriptible los mira, no da muestras de interesarle la celambrosa gresca, afanada sube y ajusta las bragas, acondiciona el sostén y decepcionada por la conducta de ellos, les pone al tanto:

—¿Qué les pasa, acaso son eunucos mentales? o ¿tal vez descubren en la vida del enamorado una existencia de lobo o vida de idiota? Al final de los días, en el amor, siempre alguien pierde. Es una verdadera pena, un mal entendido. A ninguno de los dos dije amarlo para la eternidad. Yo gusto la *dolce vita*, por ello a ustedes los disfruto sin límites, el sexo me parece un medio eficaz para encontrar pasajeras alegrías. Me emociona sobremanera comprobar que mi cuerpo vive y siente placer al contacto con otras pieles. Sin duda, ustedes me sirven de solaz en una vida injusta y brusca —con dureza los mira de pies a cabeza, increpándolos—: ¿Acaso no tengo derecho a conocer a otras personas? ¿Dónde escribieron que mi intimidad, mi ardor y mi corazón son exclusivos de alguien en particular? Miren mi piel —sin sonrojarse, con sus manos va tocando cada parte de su cuerpo que menciona—, mis labios, mis mejillas, mis senos, mis caderas, mis piernas y mis túneles de pasión. Todo esto merece muchos, oigan bien, merece muchos hombres y muchas mujeres. Yo no puedo privar a mis sentidos del goce carnal, aquel varón o mujer que me agrade podrá estar en mí y seré yo quien decida cuando deba irse para que otros lleguen a disfrutar esta figura que a mí misma me tienta. Asimismo, me siento capaz de atravesar la gran soledad, sin permitirme una sola queja. No olviden el siguiente epigrama:

una mujer puede ser feliz con cualquier hombre mientras no lo ame.

Después de haberles arrojado sin clemencia sus palabras, se aleja por el camino sonriente y segura a su nuevo reino de fantasía. Tampoco le importa el caos sentimental en que los deja sumidos, quienes en su ingenuidad la han amado con desenfreno, sin presentir el desenlace que ahora padecen por ilusionarse con los requiebros amorios de Nathalie; esa eterna Circe que habita en el corazón de toda hembra para placer de los hombres que así lo acepten.

No chistan un sólo término. Aún en el suelo, se sientan como pueden, para su desventura al cabo de la senda desaparece la joven. Los rostros ensangrentados y sudorosos se miran con encono.

Y como si cada cosa discurriera por su propia cuenta, empieza a llover a baldados, entonces, el agua cumple su paciente labor de lavar esas caras y encharcar aquellos sueños.

Sumidos en la soledad, al fondo, muy al fondo, en la oscuridad del dolor y olvidados del mundo, la imagen de Nathalie no se les evapora, al contrario se les agiganta.

A medida que se acercan al fondo de sí mismos no tienen alternativa, ya no tienen vacilaciones: Mil veces compartida que dejarla ir.

Ahí entienden que, en un buen compartir, uno mas uno es tres.



Espíritus sulfurosos

Existen personas que hacen de nuestros sueños un jardín de esperanzas, otras, en cambio, sólo ven errores en nuestros sueños.

De paciencia no sabe porque su existencia es una sucesión de iras.

La paciencia de los dioses es tan engañosa como la felicidad de los humanos. Varios hechos lo confirman, por si las dudas, el siguiente testimonio medio divino así lo ratifica.

Después de vivir un tiempo en la gloria eterna de una forma tan austera, al olvidado sacerdote Hipólito le parece estar de nuevo en su país. Esa sensación no la experimentaba desde que por motivos forzosos y ajenos a su decisión le tocó abandonar los confines terrenales. Una época en que no quería ser cambiado ni cambiar a nadie.

En ese paradisíaco amanecer encuentra su imaginación más ágil de lo acostumbrado; lo ineludible para él, consiste en la monotonía de aquella vida ajustada a los drásticos cánones divinales. Le fastidia la realidad incorpórea y soporífera de los espíritus. Las largas y tediosas charlas con los querubines le sirven para conocer de cerca el comportamiento de Dios, de los santos y demás moradores de aquel lugar.

Con curiosa preocupación escucha que en la Gehena o infierno hay muy pocos pobladores provenientes de su pueblo. Las mayorías se hallan aleladas en el cielo en fiel reflejo de la estadía sedentaria y de doble moral practicada por los ex ciudadanos de aquel villorrio. Desde su fundación, en dicho poblacho los pastores han aconsejado la lectura de enjundiosos tratados e insisten en la ejemplar vida de Jesús, incluso entre dichosos y amenazantes leen las profecías del Apocalipsis.

En el cielo se tiene certeza de que el ambiente no ha cambiado en sus mesnadas. Los espíritus más avezados saben que en el infierno las cosas van en ascenso, pese a una úlcera sulfurosa provocada a Satán por la facundia de Marx, las politicadas de Maquiavelo y las rebeldías del Che Guevara, el Negro no mantiene de humor cerril. Eso sí, poco se ve platicando con este trío de sibilinos —comentan los ángeles en corrillos—,

pues Marx ve la religión como principio de estúpida paciencia para uso de borregos y sostiene que con el hombre aburguesado no se puede pactar sino decidir: todo o nada.

Del averno y de la tutela llevada a cabo por Maquiavelo, Hipólito oye muchas especulaciones. Conoce de los sobresaltos generados por las constantes locuras innovadoras. El fin justifica los medios, vale en una sola dirección para el florentino. «Gústeles o no, los demás deben aceptar los medios y el fin. Al igual que en todas partes, aquí también pululan los diablejos descarriados», subraya el astuto autor de *El príncipe*. Nicolás sustenta que el engañador siempre encuentra un cauto que se deja engañar. Le encanta ver a los gobernantes terrenales insuflados de ambición y siguiendo *ad litteram* sus postulados. Con jolgorio aplaude a quienes, en el momento de asumir el trono, abolen a toda costa cualquier vestigio de lo hecho por su predecesor. Se siente victorioso de sus aportes a la humanidad.

Hipólito se entera de la inexistencia del purgatorio, le aclaran que fue una invención de una religión para recoger dinero, también escucha que el abismo lo torna fascinante Marilyn Monroe con su lubricidad, Salomé con sus danzas y Cleopatra con su erótica, junto a otras hermosas y salaces diablillas. La presencia de Bolívar, Mao y Pancho Villa agitan el ambiente

con sus arengas. Ellos en sus desaforados impulsos de mandar, entorpecen las relaciones con otros ilustres condenados. Por ejemplo, Eratóstenes sigue midiendo la circunferencia del infierno, pese a la oposición del revolucionario Ho Chi Minh; entre tanto Pitágoras continúa jugando con los números y tratando de justificar el cuento de su intervención en los combates de Troya, sin acatar las befas de Gengis kan.

Seducido por lo anterior, el sacerdote, con humilde reverencia, solicita audiencia para conversar con el Omnipotente. Desea pedir autorización para frecuentar el Hades y, de esa manera, reconocer a aquellos contradictorios héroes. Con inalterable estado de ánimo indaga por el Mandón Supremo, quien pese a morar en todas partes, según lo predicán en las homilías, se le dificulta encontrarlo. Al fin, ve incesantes filas de almas que sumisas van a implorarle favores al Creador. Sin pensarlo dos veces, se une a ellas. Tiempo después logra llegar a la contrapuerta.

—Pase —manifiesta un ángel de mala manera, se veía cansado.

Al filtrarse en el aposento divino, ráfagas de luces rojas y verdes lo confunden. De un punto no identificable, surge una voz áspera y avasallante:

—Puedes ir a esa cueva de pillastres —ordena Dios con rematado aliento—, pero si te gusta el pandemónium, correrás con las consecuencias.

—Gracias venerable Creador —contesta Hipólito más asustado que antes.

Pese a la imposibilidad de verle el cuerpo o el rostro al Mandacallar, muchos acontecimientos le parecen idénticos a los de la Tierra; encuentra los manidos servidores a disposición del Eón, fieles copias de la vida llevada por los esclavos de cortes reales. Descubre lambones de primera fila, lagartos de todos los pelambres, aduladores de cabecera, consejeros pendientes en sus propios privilegios y oportunistas de toda laya. Recuerda con una sonrisa a flor de labios, lo siguiente: Dios ha muerto, el amor de los hombres lo ha matado y el superhombre es el siguiente paso del hombre. Reconoce lo equivocado que estaba Zaratustra. En el cielo, los mortales tienden a ser unos infra hombres, entre tanto, Dios sigue vivito y condenando. Le agrada importunar a cuanto apóstata exista, colige que del llamado amor a los hombres es una engañifa

más, una buena ficción. Para el cura, Dios nunca tuvo nada de humano, no podía tenerlo.

En su tránsito por la tierra, Hipólito recuerda que san Agustín aconseja no dejarse llevar por la codicia que los malos le tienen a los buenos, no pasar la vida en banquetes y embriagueces, ni en vicios y deshonestidades, no emplear el tiempo en contiendas y emulaciones. Repara que mientras en el Báratro infernal subsisten emisarios entusiasmados por ganar adeptos, en el nirvana celestial nadie descreta con algo productivo. Se circunscriben a declarar que las escrituras, los diez mandamientos, las revelaciones, las siete plagas, el diluvio universal, el trueque de lenguas en la torre de Babel, los corderos sacrificados, los mensajeros de la palabra y la inmolación de Cristo son paradigmas suficientes para que medio mundo entienda, quien no se dé por enterado—declaran allí—, conocerá los resultados en el juicio final.

Cuando se dispone a salir para el reino maldito, varios espíritus curiosos se le acercan a fin de mandar uno que otro recado. Un sospechoso ángel, medio tibio, medio gris, envía tímidos saludos al Emperador de las Tinieblas; otro dubitativo arcángel le encarga la biblia negra forrada en piel de cerdo; uno más osado, le pide una postal ampliada de María Magdalena, antes de vivir con Jesús, posándole desnuda al rey Antipas.

Acompañado por el Cirineo inicia su recorrido al Orco Maligno. Le sorprende poderse movilizar sin sentir el peso de sus huesos, disfruta la facultad de levitar, encuentra acertado a Sócrates cuando describió el cuerpo como la cárcel del alma. Sumido en sus pensamientos siente una singular sensación de vacío, el lugar se torna gris y a tramos azaroso. En cuestión de minutos, no diferencia los minutos del cielo a los del infierno, pero está seguro de esa sensación temporal, surge una claridad atractiva e inevitable: por fin, avizora la Gehena. Al acercarse, lo recibe una provocativa figura, detalla que en delicadeza de rostro y perfección de formas jamás la ha igualado mujer alguna. Otra diabla esplendorosa lo saluda.

Nadie lo interrumpe en su marcha de reconocimiento; mira por doquier, toca aquello que le causa curiosidad. Viaja encabritado, observando y tratando de relacionar lo leído y escuchado en la tierra con lo visto en estos reinos. Hipólito comprende en parte la Divina Comedia; llega a la conclusión de que no todo lo relatado en ese libro ha sido ficción.

«Me extraña no ver las bocanadas de candela, las calderas hirviendo, los círculos ni los fosos oscuros imaginados y descritos por ese poeta, de seguro genial, pero mitómano —en fin, añade para sí con falsa queja—, algo va de la alegoría a la realidad». Por andar en cavilaciones no se entera dónde ni

quién autorizó el relevo del celeste Cirineo por una ardiente diableja. Al advertir el cambio se alegra y por congraciarse con el espíritu de alas chamuscadas, se propone revelarles sus conocimientos literarios:

—En la tierra, de donde vengo, varios escritores han enfrentado el bien y el mal en sus fábulas, descartando a los simplones bíblicos y coránicos, tres de ellos son sorprendentes: el primero es Dante Alighieri, el italiano ubica en su infierno a unas almas atendiendo razones morales y teológicas; el segundo es Juan de Mena, éste español envía a unas almas a este lugar por motivos patrióticos y políticos; y el tercero es Milton, quien recrea en un drama cósmico de profundas especulaciones la expulsión de los humanos del Paraíso, por el traspié de Adán. La verdad, los círculos citados por estos pajudos no los encuentro.

En esta última disertación, el lenguaraz Sancho, quien no perdió la costumbre de aguzar el oído en conversaciones ajenas, piensa en intervenir, pero el reflexivo don Alonso Quijano no lo deja hablar, al acto le ordena alistar las armas para ir en conquista de los gigantones agujeros negros y, finiquitada esta misión, aprestarse para desfacer unos entuertos estelares.

Con menos estupor prosigue su recorrido. Sobremanera se altera al encontrarse con el soberano Sabbat, un engendro negro, corpulento, de estatura mayor que la de dos hombres, cráneo en triángulo con un par de relucientes cuernos, orejas alargadas, ojos llameantes y rojizos, nariz aquilina, labios carnosos, boca babeante, dientes esmerilados, cuello de búho, patas caprinas, y una extensa cola que orna su descomunal cuerpo, imprimiéndole un aire de respeto imposible de impugnar. El amo de la oscuridad al enterarse de los objetivos de Hipólito le aplaude la osadía; efusivo le responde que ve con buenos ojos la propuesta unificadora, pero —le aclara con acento incorruptible—, se debe recordar que Dios es un aguafiestas. En ese momento transita próximo a ellos otro de los espíritus infernales, el contrahecho Mefistófeles quien se arrima a escucharlos, pronto traba conversación con Hipólito, se entera de los planes del ex clérigo, al acto le aduce no divisar inconvenientes en patrocinar cambalaches con las almas: «Los estorbos los impone el Todopoderoso por ser tan prevenido —sonriente concluye Mefisto—, ten claro, el Padre del Redentor, en su infinita chochez, nunca ha querido a nadie, excepto a su prístina y eternal esencia». Los dos ángeles caídos lo despiden con un guiño y al acto una fantástica diablilla lo aparta para empezar un ritual amoroso.

Sale muy feliz del encuentro, casi se choca con otra pareja de diablejos enamorados, la dicha lo invade al ver al íncubo y al súcubo gozando de la cópula, quienes enseñan las mil y una asanas para disfrutar el amor. Comprueba que la sodomía, el safismo y otras prácticas carnales son populares allí.

Detuvo la celeridad de su movimiento al ver codearse, en un pináculo escarpado, a Judas Iscariote con unos encopetados ex directivos del Banco Mundial y gerentes de varias multinacionales. Ellos discuten sobre el futuro económico de los hombres y en especial del tercer mundo. Los voraces pulpos, antiguos presidentes de emporios económicos profetizan, en medio de sarcasmos y carcajadas, la desaparición del proletario papel moneda. Elogian el advenimiento del elitista dinero virtual y la robotización de la humanidad. Explican que cuando una persona dice albergar principios, significa que el precio para sobornarlo es más alto.

El astuto Judas no se arrepiente de la comercialización del Mesías judeocristiano. Lamenta, eso sí de corazón, haberlo feriado por tan pocas monedas, pero se consuela pensando que el daño causado por este judío a la humanidad, justifica cualquier acción. De su supuesto suicidio sabe reírse, asevera que fue una triquiñuela inteligente para apaciguar la rabieta de los primeros fundamentalistas cristianos.

El otrora clérigo se devana las entretelas del espíritu con ahínco para que la maquiavélica exhortación *divide ut regnes*, en estos distritos no se aplique con rigor espartano. Guiado por el papa Urbano II sale del Pandemonio. Emprende el camino de regreso, y en cierto punto lo reciben el Padre Marianito y la Madre Laura para conducirlo al Empíreo.

En un santiamén retorna a los Campos Elíseos. A la entrada del paraíso celeste lo esperan con curiosa ansiedad un grupo de ángeles: deben rendir un informe pormenorizado del tiempo tardado en regresar al Olimpo y de los rumores emitidos de su periplo. Los coros bienaventurados perciben un sentimiento hondo e intrínseco de culpabilidad por estar de acusetas, señalando a otros a costa de permanecer arrodillados a los pies del jefe, todo ello por el temor a perder sus prebendas.

Al poco tiempo de su vuelta, nota que las aglomeraciones de espíritus entrometidos van en aumento. Los ve preocupados por conocer de los entresijos de aquel mefítico lugar. Llevó a cabo una reunión para indagar sobre el paradero de Jesús, Mahoma, Buda, Krisna y de otros falsos profetas. Ninguno de los ángeles y espíritus blanqueados supieron explicarle donde estaban estos redentores. Les explicó que pese a varios intentos por localizarlos no los vio en el infierno y, para

mayores conjeturas, tampoco ha tenido noticias de ellos en el Cielo.

Sin arriar la bandera de la dignidad solicita una segunda audiencia con Dios, la cual, por obvios motivos, le es negada.

—Serás castigado con el silencio, por blasfemo —espetea un querubín de alto rango—, la imprudencia es tu particularidad, por eso no tendrás oportunidad de salir; la seguridad celestial se redoblará hasta que tu alma impenitente se libere de ideas revolucionarias. Eres un riesgo inminente para la congregación de los elegidos —como si fuera un docto de las leyes, le reitera con una locución lapidaria—: *dura lex, sed lex*.

Un tanto pensativo, este espíritu sulfuroso recuerda a Aristóteles en su axioma: si existe algo, por lógica existe su contrario. Advierte que los agoreros y pesimistas abundan; detalla a ciertas ánimas un tanto exasperadas por el devenir. «Ellas saben que Dios es el Diablo haciendo el mal».

Sustentado en sus ideales libertarios, al ex clérigo se le ocurre que firmándose la paz se desvirtúa a Zaratustra, cuando en la plaza pública cuestionó a la ignara multitud, aduciendo que la guerra era un mal necesario, al igual que la envidia, la desconfianza y la calumnia.

Por un tiempo cejó en su empeño, afianzado en un contradictorio legado: no se vence a la naturaleza sino obedeciéndola. La realidad soporífica, la banalidad y la hipocresía retornaron al cielo. Lo que no se frena es la llegada de espíritus terrenales.

«Esto desdice —recapacita él—, la floja teoría de la trasmigración de las almas». Recuerda con abatimiento que en sus visitas a la Ciudad Santa, al Muro de las Lamentaciones, al Monte Ararat, a la Meca y al Corcovado, encontró la bondad del hombre traducida en dinero.

El tiempo va y viene en círculos repetidos. Lo curioso es que ese sosiego no es infinito, al Creador no se le puede provocar. Así es que, en otro relente amanecer, un arcángel, de mal aliento, lo aborda, informándole:

—El Padre del firmamento lo necesita, no aparezca tarde a la cita, debe ser respetuoso. En ningún momento, óigalo bien, se atreva mirarle a los ojos.

Por un instante hace aguas ante el anuncio. Ya reconfortado por no encontrar mensajes vedados en el recado opta por no dilatar la cita. A lo largo del camino para reencontrarse con el Omnipotente, vuelve a ver almas esparcidas en el suelo a esperas de que el Creador las atienda. Se tropieza con nuevos

controles de admisión; la reingeniería no parece próxima. Los ángeles custodios le interrogan para enterarse del motivo de la visita, él responde a los cuestionamientos. Espera hasta que les da la verdadera y santísima gana de hacerle seguir. Un serafín, con aire amodorrado, autoriza su ingreso, porque al Júpiter cristiano no le gusta atender de dos en dos, sino de uno en uno, desde el comienzo del mundo.

El sendero está cubierto con un lienzo de fino brocado, enclavadas en las paredes observa agraciadas tallas de figuras angelicales y, a modo de media luna, un arco iris, símbolo del primer holocausto universal. En el salón principal de la Divina Mansión sobresale un fastuoso portal que, en comparación con la Puerta de Alcalá, la muralla española se asemeja a un pasadizo para vacas. Por un segundo siente la corazonada, un sentimiento que allí subsiste, de ver y percibir algo distinto: Dios luce más afable que de costumbre. Hipólito desacata la orden del arcángel, levanta la cara con ansias de ver los ojos del celestial Mandón. ¡Garrafal equivocación! El diablo le había advertido:

«Cualquiera en sus cabales dilucida que el Omniperfecto es evasivo, y pensar siquiera en el color de sus ojos es un riesgo mayor. Nadie ostenta facultades para igualar e irrespetar al

demiurgo, mirando, así sea por una fracción de segundo, sus Santos Luceros».

Un fogonazo le deja ciego por unos instantes. Total, ni lo vuelve a intentar. El Emperador Supremo finge sonreír.

—Bienamado hijo mío —le manifiesta en tono cariñoso—, conozco tus intenciones, bien puedes guardarte tus palabras, de hecho tus conclusiones no son tan espléndidas. De seguro, ni intuirás que no consiento compartir este paraje de paz y tranquilidad con pecadores irremisos. Eres apenas un entrometido; entiende, te ha faltado sindéresis, humildad, fe pura y coherencia en tus actos; abandona tu proyecto y, por supuesto, este lugar. No acepto larguezas de nadie.

Hipólito no se da por abatido a pesar de lo tajante y directo de su interlocutor. Saca fuerzas de su inmodestia, porque pese a erróneas creencias, las almas también son orgullosas. Olvidando que una mala causa empeora cuando se pretende defenderla, interpela al Creador sin el menor asomo de timidez:

—Si algo aprendí en la tierra fue a recrear el pequeño arquitecto que tengo adentro y a no dejar nada en el aire. Le confieso que platiqué con Luzbel. El Negro no juzga tan descabellada la idea de unificarse; está dispuesto a examinar el ofrecimiento. Claro, eso depende de usted, Divino Señor.

Créame, en aquel lugar hay libre albedrío y mayor apertura que aquí.

El presbítero juraba en sus homilías terrenales que el Creador no se encolerizaba, que ese Dios del antiguo testamento había sido relevado por el Dios amoroso y enamorado del nuevo testamento, todo ello resultó ser falso, el enojo del Bienhechor fue desfasado y asombroso, pero a su medida. Mejor se hubiera tragado las palabras.

—¡*Vade retro, satana!*; ¡retrocede Satanás que conmigo no contarás! —le grita, haciendo gala de sus conocimientos en latín.

Entonces su voz parte escalas adentro y afuera en cumplimiento de la misión asignada por su amo. Lanza ruidosos y temibles rayos que provocan un amontonamiento de almas, las cuales se disponen a rezar y a pedir perdón por los pecados que no han cometido; arroja esputos de fuego; desata vientos enrevesados que sacuden a las indefensas ánimas que parecen hojas otoñales a la deriva; derrama aguas turbulentas que cruzan en mil direcciones, despide ráfagas de luz en infinidad de colores, aromas fétidos invaden el lugar, estos gestos de poder aterrizan a los espíritus recién llegados y asombran a los ángeles antiguos. En ese instante, las hembras

divinas no soportan el terror; creen que se trata de un ataque de celos o del anunciado juicio final; unas miran a Dios con lujuria, mientras otras prorrumpen a verter copiosas lágrimas, gestos que ayudan a menguar el enfado del Monarca. No contento con esto, aprovecha su acervo lexical y cognición de todos los idiomas para emitir frases de grueso calado. Ello resulta ser un mensaje simple de entender: ¿Quién manda a quién? Con el vaho de su eructo lo expulsa del Sacro Recinto. Cae, medio atontado, a los pies de un ángel, el cual muestra recelo viéndolo de soslayo. El querube se santigua de cien maneras posibles, y sin darle la cara le advierte de pasar cuarentena en un lugar alejado, solitario y amurallado. Hipólito no alcanza a responder, rápido es llevado por siete querubines a la otra prisión celestial.

Allí se burló de la farsa que encubre el poder «reír fuerte es tentar al silencio, y provocar a Dios», dice para sí, antes de recostarse con sus penas. Se está volviendo viejo sin conseguir resultados favorables y eso no es justo ¡espíritu avejentado! Causa horror el sólo pensarlo.

Con el paso del tiempo, dictan los poetas, las heridas se restañan. Y así es que, al abandonar el laberinto de contrición, cárcel de máxima seguridad para almas protervas, Hipólito olvida las amenazas del Emperador.

Decide reemprender su lucha, inculca a sus allegados que presionen con tesón para contribuir a la apertura, a la perestroika neocelestial, dando cabida a la globalización, pero no a la homogenización, para así no estar *à la dernière* con auspiciosos intercambios, mediante convenios y alianzas estratégicas, en busca de nuevos vientos para las aldeas desglobalizadas.

Los tradicionalistas al enterarse, se oponen con rotundez, ellos avistan posibles delaciones que desenmascararían a incontables espíritus corruptos y sádicos que allí se regodean.

Imitando al Cid Campeador, porfía dispuesto a lo peor. Es asediado en varias ocasiones por diferentes angelotes, quienes lo instan a permanecer bajo el protectorado divino, pero con el compromiso innegable de abandonar sus farragosas ideas. Hipólito es tajante:

—No rumien sandeces, no pienso ahorcar los hábitos. Díganle eso al Inventor, para que haga conmigo lo que a bien le venga en gana, como lo ha determinado con los creados a su imagen, a lo largo y ancho del orbe, por los siglos de los siglos. Además, no les pido a ustedes que me ayuden, sino que al menos sean imparciales.

El Salvador convoca de inmediato un gran cónclave con sus hijos dilectos para celebrar, por vez primera, un semi juicio final, es inaplazable tomar cartas y resolver, en definitiva, la vida arbitraria llevada por el exclérigo.

Hay discusiones acaloradas sobre las sanciones a imponer. No se admite matar el espíritu del rebelde, porque es una potestad que Dios no ejerce desde tiempos inmemoriales. Surgen otras propuestas: una, convertirlo en ángel por anticipado, al otorgarle un grado comprometedor y un cargo, optaría por aliarse, analizan el asunto y al cabo de un rato es desechado. La segunda, regresarlo a la tierra en el cuerpo de un orador, es desestimada pues esa práctica se abolió desde la innecesaria inmolación de Jesús. La tercera, consentir que viaje a cualquiera de los dos reinos, esta argucia se discute, pero se concluye que al ceder, se sienta un mal precedente porque, sin duda, otras almas, en el futuro adoptarían idéntico comportamiento. Se realizan muchas deliberaciones, retorcidas disquisiciones, y después de tantos intrínfulis, se redacta el texto final para dar una muestra clara a los elegidos y puros de que en el cielo no se acepta la repetición de actitudes libertarias ni difamatorias contra el Increado y sus incondicionales siervos.

Con la pompa propia de aquel reino, se le arriman un ángel, un arcángel, un querubín y un serafín para notificarle la componenda. Entre tanto, Hipólito Petuma, quien no ha perdido su nombre y apellido terrenal, mira sin inmutarse, mientras las trompetas celestiales ejecutan sus más logrados repertorios. El serafín con voz armoniosa y un poco aflautada, se arrellana en un sillón a leer el infalible veredicto:

—Aturdida y pecaminosa alma, *alea jacta est*, la suerte está echada. Quien mal anda mal acaba. Debido a las torpezas cometidas y a su falta de juicio para recobrar conciencia, el gran Consejo Supremo lo condena a pernoctar toda la eternidad en el horripilante y aborrecible infierno —leído el liberador decreto, se alejan danzantes los rejuvenecidos coros celestiales sin dar otra mirada al condenado.

Con la tranquilidad de haber cumplido su intransigente misión a cabalidad, con aire atolondrado, Hipólito duda, no le agrada resignarse al Erebo de una manera incondicional. Evoca lo contradictorio de la vida, pues, en alguna ocasión, pensó que en el cielo, en el infierno, y en la tierra, la época de las insurrecciones sin causa había pasado de moda. Siente un poco de vergüenza al verse inmiscuido en revueltas arcaicas, análogas a las que en la tierra alimentan los hombres.

Con incierto gozo, expresión que nunca se le vio en el cielo, lo invade la satisfacción de haber levantado ampollas y preocupado por un buen lapso al fundador del universo. Calmada su ambición emancipadora, sale en busca de almas oriundas de su pueblo con el ánimo de despedirse, y jugar por última vez a la rayuela, como lo hizo en vida terrenal, para después irse a compartir por siempre en el Tártaro con los otros virtuosos del universo.

Ya en su camino al infierno y empujado por un serafín, un tanto apesadumbrado, recuerda que un inspirado demonólogo escribió:

«Maldito es aquél que ha sido perdonado por sus flaquezas; y bendito es, en cambio, aquél que asume por convicción las llamas infernales, antes que aceptar las serviles delicias celestiales». Al instante, en una especie de modorra, rememora que a menudo los hombres son presa de las pasiones; por ello son contrarios los unos a los otros.

La profunda tiniebla del orco se avizora cuando Hipólito desaparece. Nunca se sabe más de ese confundido y sulfuroso espíritu. No obstante, tampoco se vuelve a recibir noticias de las otras almas, de los ángeles, del soberbio Lucifer y de Dios, el Omnipresente.

Todos, en su eterna irresponsabilidad, se disipan en el tenebroso olvido. De paciencia no saben porque sus existencias son una sucesión de iras.



Ideales de la caverna

Ay de los poetas que sueñan con ser grandes sin haber conocido la miseria.

Toda hermosa poesía tiene la paciencia inhumana de esperar a su poeta.

Los poetas son la onceava peste, de ahí que son abandonados a su suerte, ni siquiera Platón, el afamado griego, los aceptó en su república de cucaña.

Escribir poemas de amor y soñar con la muerte ha sido la constante indeclinable en la vida de Noel Estrada Roldán. Él en su profunda intimidad comprende —cómo no va a saberlo—, que todo es pasajero y, por tanto, la alegría de escribir sonetos o madrigales, en cualquier momento se acaba. Piensa que sucedido ello consumará la más sabia y rotunda determinación, a la que toda persona debe recurrir cuando la esperanza echa aguas abajo: reventar en mil pedazos las cadenas del existir.

Noel tiene por compañera de hogar a Martha, una mujer dedicada de plano a vivir el día a día. Ella lo secunda en todo y, así parezca mentira, convive con el poeta sin algún interés económico. Su desapego del mundo material es de otras épocas, por ejemplo, no madruga dizque para que Dios le ayude a otra persona; no desea tener dinero para no tener que evadir impuestos ni enviarle aportes a los políticos.

Su rostro debió ser de finas facciones. Aún sobrevive ese gesto de Mona lisa que la hace aparentar, a pesar de los años, un tanto agraciada. Su figura es fácil definirla: ojos negros, cara redonda, piel blanca, cuerpo menudo de carnes flojas y, para mejores señas: corta en estatura y cabellos, mas no en ideas.

El poeta se levanta antes que despunte el alba. Sale al patio, un espacio colmado de tiestos; y con una voz somnolienta conversa con los animales que allí están. El primero en recibir caricias un avejentado y enflaquecido perro que ladra echado por costumbre poética.

Luego, Noel, va saludando a cada una de sus mascotas en la medida que las tropieza, sus caricias rusticas no son del agrado de su gato que le esquivo cada que puede.

Finalizado este zoológico ritual, que bien dura entre una y dos

horas, se entreaña restregándose con jabón de tierra para intentar quitarse una capa de mugre septuagenaria que lo envuelve de pies a cabeza. Se cepilla sus nacarados dientes con un descolorido cepillo de cerdas desgastadas; ingresa a la cocina, prepara un aguado café que sorbe y disfruta como sólo un hombre del Mediterráneo lo hace con el vino. Después, entra al cuarto de rebujos en que se ha convertido toda la casa, coge una escoba o algo similar de escasas breñas para dedicarse a barrer el patio hasta las nueve de la mañana. A esta hora se levanta su compañera de carencias e infortunios para cocinarle un plátano hartón, una arepa de maíz vinagre y hervirle un chocolate amargo.

Noel, a sus casi setenta y cinco años, proyecta una imagen enternecedora. La altivez y puntillosidad le llegan regios a su figura. Sus hidalgas facciones reflejan un apolillado abolengo; por su cara alargada, la profusa y blanquecina barba, parece un personaje sacado de las pinturas de El Greco. De voz suave y pausada, éste soñador —en palabras de sus vecinos—, conforma un curioso y quijotesco retrato, hecho de un trazo para la poesía bautizado Noel Estrada.

Nunca le faltan compañeros y aduladores fugaces, pero sus verdaderos amigos se pueden contar en las uñas de los dedos. Ellos conocen al poeta, lo secundan y apoyan en sus arrebatos.

Invariables se entregan a unas báquicas tertulias donde departen, como los escritores suelen hacerlo, sobre literatura y otras risibles sandeces.

Para comprender a fondo tan singular personaje se requiere complicitad, su carácter de mitómano empedernido pone en entredicho la veracidad de los relatos, cuando la paz retorna y se sedimenta la tranquilidad, su corazón enamorado sale a flote para dedicarse con vocación a recitar o escribir los versos más bellos y memorables que se hayan leído en toda la región.

De los múltiples admiradores, dos conocen su morbosa inclinación al suicidio. Él les aduce: puesto que la vida no es controlable en su origen, la grandeza de un hombre consiste en que, al menos, el final sea de autoría propia. «No considero justo esperar a que un don nadie, un funesto azar o el oscuro *fatum* lo despida de este mundo con más pena que gloria. En cambio, si uno se suicida —arguye Noel—, se demuestran la lucidez y la capacidad mental necesarias para ser dueño siquiera de sus últimos instantes». Axiomático, insiste en ver acertado a Ortega y Gasset al enunciar: Yo soy yo y mi circunstancia.

En un brumoso atardecer de abril, cuando Noel desyerba su

peculiar jardín y danza, cual si se tratara de un coribante, al son armonioso de flautas invisibles, lo sorprende con su visita un agitado joven, de regular estatura, cabellos castaños, ojos enormes y una notoria palidez. El inesperado sujeto, sin darle tiempo al vate de responder su saludo, le ofrece en venta un revólver.

—Es para protegerse de los ladrones; aquí rondan y, por cierto, son bien peligrosos —menciona el descolorido atracador, al parecer, recién iniciado en esta común y diseminada profesión terciarista.

Lleno de ese pudor que se adquiere con el transcurso de los años, el poeta se yergue aún más, suspende la danza y sus ojos azules se iluminan. Como puede se aparta del inhóspito malandrín y con airados ademanes le previene:

—¡Joder! se va de una, nunca compro artefactos ilegales, menos armas que a lo mejor han servido para arruinar la vida de otras personas. Esa arma oxidada bien puede llevársela al infierno con su también descolorida alma.

—Por fortuna —interpone el joven—, las armas están hechas de un material y las ideas de otro.

No se repone Noel de la exaltación, cuando vociferaciones y gritos

cunden de la calle; en un santiamén aparecen unos policías decididos a capturar al salteador. Pero éste, con la soltura de un lince supera la verja y desaparece cual ánima que azuza el diablo. En menos de lo que cuesta contarlos, la casa está rodeada por los efectivos del orden, el jefe policial inquiere al poeta acerca de su relación con el huidizo malhechor y del por qué se refugia allí. A tales cuestionamientos, el huraño Noel, le recusa:

—Vea, suboficialito ineficiente. Si lo necesita, investigue con profundidad; para eso le paga el gobierno con los impuestos tributados por nosotros.

—No sea guache, soy subteniente —interrumpe el gendarme limpiándose la jineta de su grado—. Quédele claro: empezar a preguntar, es empezar a investigar.

—Lo que sea melindroso —machaca Noel, quien se va cargando de rabia—, aquí todo va manga por hombro, en mi concepto es mejor que nos gobiernen las putas ya que sus hijos no pudieron —escupiendo la tierra del patio entra al único lugar medio limpio de la casa, su dormitorio.

Luego de calmados los ánimos viene a saberse que el asaltante despojó, minutos antes, a un alguacil de su arma de dotación y con ese revólver los enfrentó, saliendo airoso del suceso, incluso,

visto por los vidriosos ojos del poeta.

Los curiosos van aterrizando en la casucha de Noel para enterarse de los hechos. Los indiscretos vecinos realizan lo que no hizo la policía ni en sus peores épocas: allanan el cuchitril, esculcan la ropa del poeta, destrozan una de las cuatro sillas, tumban libros, escudriñan cuanto rincón otean, incomodan al viejo tucán, fastidian a las gallinas, espantan al perro y pisan a las hormigas. Semejante ventolera encoleriza al par de veteranos. Noel y Martha, posesos de infinita ira, arrojan palos y piedras a los inesperados soplones, haciéndolos desaparecer, no sin antes gritarles a dúo para despacharlos:

—¡Bellacos, a joder a las casas de sus madres!

Horas después de acaecidos los percances, la casa vuelve al orden, o mejor dicho a su desorden natural. En una minuciosa revisión, el poeta encuentra, junto al pequeño poste de la verja, el revólver que embolató el joven malhechor. Ni siquiera los curiosos lo notaron. Un Smith & Wesson con el cañón oxidado, indicando el descuido y abandono del cual había sido objeto. Al presionar el tambor, éste se abre, observa seis cartuchos, dos de ellos servidos. Temblecoso, cual niño con su mejor juguete, empieza a disfrutarlo. De su garganta sale un espasmódico alarido:

—¡Martha, Martha!, mira mi hallazgo, un increíble tesoro. Ves, por fin cuento con un pistolete, mi catarsis, un certero aliado que permitirá despedirme de esta infinita caterva de embusteros que comparten el mundo conmigo. Siempre lo he dicho y lo repito: uno debe morirse cuando quiere no cuando disponen los otros, sean hombres o dioses.

Reluciente como en sus veinte sube Noel a su destartalado desván. Martha sonríe fiel a su costumbre, existima para sus adentros que lo anunciado va a producirse en contados instantes; o sea, el fin de su larga espera.

El precario domicilio de Noel lo constituye una cocina desvencijada, dos cuartos malolientes, un zarzo plagado de cucarachas, ratas y alimañas de toda índole. Lo mejor cuidado es la alcoba donde despunta la biblioteca, mueble que, a pesar de su vetustez, contiene auténticas joyas de la literatura universal. La mayoría de textos —cosa curiosa—, reposan en perfecto estado de conservación. Descansan en ella, entre muchos más y protegidos por una bayetilla roja, libros de Cioran, Mishima, Hemingway, Chatterton, Mayakovski y José Asunción Silva, su mentor, modelo de vida y de muerte.

En la habitación principal se yergue el lecho nupcial, aunque la

verdad sea dicha, se trata de un camote de nudosos palos de café, adornado con una abollada bacinilla debajo, y encima del testero, una lora parlera. El reducido espacio lo complementan unas sillas de guadua, una mesa embromada y manchada donde Noel escribe y escribe para saciar sus insatisfechas ansias de triunfar. Disfruta releendo las coplas de Jorge Manrique: *Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar a la mar/ que es el morir*. En medio de las tertulias, Noel, un tanto dogmático, pontifica que la visión y la belleza expresada por un alto poeta es cotejable tan sólo con la genialidad visionaria de un creador de religiones.

La casa posee un patio o boscaje cuyo espacio lo cubren geranios, dalias blancas, amarillas y violáceas, novios rojos, veraneras de esplendentes tonos y un enramado árbol de hojas listadas. En temporadas lluviosas, el inconfundible Noel trepa las aves al gallinero tapadas con un maltrecho paraguas para salvaguardarlas de las inclemencias climáticas, sin importarle el rudo golpeteo del agua en su rugosa cara de hidalgo, dándole así rienda suelta a sus extrañas manías de mecenas avícola.

Nadie en sus sanos cabales le recuerda al vate un hecho que alcanzó a llegar a oídos del alcalde. Ello lo encoleriza de tal forma, que es capaz de ordenarle al viejo perro atacar a quien

se atreva a importunar como, en efecto, ya ha sucedido. Resulta que su maltrecha casa la ayudó a construir una adinerada matrona del pueblo, una de esas pocas filántropas que emprenden obras sin esperar nada a cambio. Ella compra el terreno, contrata unos obreros y en escasas siete semanas lo aplanan, le echan bases, lo cierran en ladrillos y lo techan.

El poeta agradece los gestos de la matrona, pero no de la mejor forma. Días después ésta noble mujer decide visitarlo para regalarle unas tejas con las cuales pudiera techar el pasadizo a la huerta. Al entrar ella, en su recorrido por la casa observa una pequeña cabeza de león vaciada en bronce. La benevolente señora se antoja de la pieza. Un tanto circunspecta y tímida se la pide de presente con el propósito de donarla a la Casa de la Cultura del pueblo. Cabeza bronceínea que, según se supo por otras lenguas, el bardo roba de una casona barcelonesa. Sin embargo el poeta, sin mediar explicaciones y con la frialdad de un coleccionista desagradecido, le niega el icono a la benefactora dama.

Se acuña *sotto voce* entre personas corrientes y molientes, que muchos matrimonios y noviazgos de la región se arrullan al son de sus preciosos versos. La comunidad le admira, pero dudosa comenta sobre sus estudios de filosofía realizados en la

Universidad Complutense de Madrid. En España vivió cuatro años, pero —de acuerdo a él—, su amor incondicional por su tierra lo trajo de regreso —y según otros—, fue deportado porque, incluso allí, han abominado a los hombres con ansias de libertad, a los arriesgados cantores del humanismo.

Aunque Noel no está afiliado a ninguna escuela filosófica en particular, vive convencido de que el hombre es travieso por naturaleza pero la sociedad lo corrompe por obligación. Disfruta de los escritos de Sartre y coincide con este pensador al afirmar que el hombre vale por la capacidad de negar y rebelarse. Conjetura, a su modo, que el ser humano no es otra cosa que una asquerosa náusea rodeado por un altísimo muro que lo aísla del sí, de la nada y de las palabras.

Tan contradictorio y falaz es Noel que, en cierta ocasión, propaló rumores en descrédito de la policía, pues el poeta llegó a jurar, de esto muchos aún dan fe, que dos semanas después de que se les vuela aquel atracador, los agentes del orden, aprovechando una noche erizada de rayos, penetran a la casa del rimador y, de una manera inusual, le rapan una cincuentena de libros. Investigaciones van y vienen, nadie, incluida su esposa, advierte nada. Por ello, quien esté en sus cabales disfruta contando el increíble robo. Es impensable, dicen los historiadores del pueblo:

¡qué un policía hurte libros!

Lo curioso es que el bardo, preso de un infundado temor paranoico toma por rutina, o mejor, devoción, cada tres días sacar el revólver del escondite, quitarle los desgastados cartuchos, de seguro ya inservibles, y realizarle una limpieza casi ceremonial. Con afán enfermizo usa petróleo y aceite de higuera para protegerlo de la herrumbre; toma un dulceabrido agujereado y le seca la película grasosa.

En su mente tiene planeado matarse con una de esas vetustas balas, bien sea en un atardecer de melancolía, o en un amanecer brumoso con el gorjeo de los pájaros. En cambio, al medio día, considera antiestético quitarse la vida. Hora de la siesta.

Ese viernes veinticuatro de febrero, al cumplir sus setenta y cinco años, lo despierta el canto arrollador de un gallo, se figura que de existir cielo, poco más sería el canto del gallo celestial.

Se levanta eufórico, se rasura con la mayor delicadeza, observa la salida del sol, contempla el movimiento de las nubes formando en el cielo fantásticos catafalcos, saluda con afecto especial a su lora, y por la ventana a la mujer de su vecino que viste pijama transparente.

Ninguna parte de su cuerpo, mucho menos su voluble conciencia, protesta por la cercanía del momento definitivo. Parece tan enamorado de la muerte, como también lo estuvo el caballero de la triste figura de su Dulcinea.

A las dos de la tarde, por vez primera, Noel carga las balas y se echa el pistolete al cinto, indiferente observa a Martha recostada en el lecho.

—Me siento dueño omnisciente de mi propio destino, un semidiós o, mejor aún, semejante a los otoñales dictadores garcíamarquianos.

—Grandioso. Por fin te veo reír esta semana. Falta que empieces a rezar acatando los mandatos de Jesús. Ahora si entiendo uno de tus versos: *la esperanza es la vida respondiéndole al tiempo.*

—Eso de orar es para los necios, yo no lo hago ni en mi peor momento

—dijo Nietzsche, además, si no lo dijo, era su obligación decirlo.

—Noo, con usted se pierde el tiempo Noel, recuerda lo que expuso Krankaf, ese escritor al que tanto citas: *sólo nos queda acabar lo negativo; lo positivo ya nos fue dado.*

—Martha deja de cambiar los nombres, se llama Kafka, entiende mujer; todos tenemos alguna tristeza. Para tu comodidad y consuelo dé oídos a esto: los poetas no tenemos la fórmula para vivir, pero siempre reconocemos la dignidad de la muerte.

—Hay que hacer historia.

—La historia, ¡ah eso es otra cosa! Pero Martha dejá la bobada. La historia es la muerte persiguiendo al indefenso hombre.

—Toca entregarse a los ángeles, no se puede vivir tan a lo animal, la verdad descansa en los cielos.

—¡Ay, ay!, ir tras la verdad es como ir tras de Dios: nunca se encuentran. Y esto que acabo de decir tampoco es una verdad absoluta.

—Usted se contradice, en veces dice que la verdad la expresan los poetas, ahora muy orondo me sale con que no hay verdades. Conviértase en mansa oveja y verá lo bueno que se vive.

—No quiero convertirme, estoy muy contento siendo nada.

—El tiempo lo dice todo.

—El tiempo se dice de muchas maneras, no podemos reducirlo a los relojes, está el aión, kairós, chrónos, el tiempo público, el privado, la fisis, la dinamis, como ves, hay muchos tiempos.

—Noel, lo mejor es que no pierda las horas pensando en bobadas, inventando otros tiempos, los suizos han sido mejores haciendo relojes; tampoco es inteligente que te intereses en el suicidio, eso es de cobardes, por lo que sé, uno estira la pata el día que es, ni antes ni después.

—Escúcheme, entiéndeme, ¡oh Martha!, *le temps perdu n'est pas récupéré*. Pero puede ser detenido a voluntad en su flujo ineluctable de fatalidades por aquellos qué, y esto cáptelo bien Martha, estamos predestinados a cavar con nuestras manos en la eterna nada el agujero donde se harán polvo nuestros cansados huesos. Porque yo, Martha, sépalo de una vez por todas, soy el único elegido para ser el enterrador de mi propio cadáver, para que a mi carroña ni siquiera se le ocurra resucitar, y así rebatir lo que pregonan algunas sectas religiosas, que insisten en las resurrecciones, reencarnaciones o juicios finales.

—Noel, no soy poeta ni he leído tratados de metafísica, pero estoy segura: la muerte es siempre respetable.

—Eso depende, para unos la muerte es victoria, para otros, una derrota, y para mí es una transformación de materia y energía. Morir es saber que fuimos, somos y seremos olvido.

—Sí Noel, lo que digas es una ofensa a Dios, pero el Padre Eterno es tan grande que perdona hasta a los poetas, unos desadaptados que se las tiran de mucho.

—No reclamo indultos de nadie.

—No sea porfiado, uno debe ir tras la perfección del alma.

—La perfección ni la eternidad existen.

—El mundo está hundiéndose en un vendaval de brutos, dijo el cura en la misa de siete y, por lo que veo, usted es uno de ellos.

—Qué me importan esas suposiciones, más bruto es el cura que cree saber el futuro. Cambiando de tema: ¿Cómo me veo?

—Pareces un sepulturero de segunda.

Él se echa un vistazo al espejo, vacila por un minuto, desconoce la diferencia entre los sepultureros de primera y los de segunda; sin embargo, despeja la duda al escuchar.

—Estás regio, te asemejas a un hidalgo español salido de la literatura. Si quiere hazte retratar y compara, verás que no exagero.

Es cierto. El apolónida está como en sus veinte, luce traje negro, corbatín y zapatos del mismo color, camisa blanca almidonada, medias hasta las rodillas. Porta un nudoso bastón de madera tallado con incrustaciones de cuerno de buey.

Fiel a sus principios gastronómicos almuerza un plato de frijoles con arroz, chorizo, carne molida y mazamorra con panela; entre sus excentricidades considera de mala suerte morir con el estómago vacío; le deja el sobrado a Martha; se para, pasa al baño, se enjuaga la boca y se aplica la última gota de la loción francesa guardada con celo para la hora solemne, de inmediato sale al patio, el cielo azul y el suave céfiro lo saludan. Emprende camino a la iglesia, donde va a platicar con el cura.

Para el suicidio, Noel, prepara a Martha durante todo el recorrido de su larga tragicomedia. En ese momento ella no logra evocar con exactitud la fecha en que se fuga del seno familiar para compartir su amor con el poeta, pero sí recuerda que un romántico soneto escrito por él para celebrar su posible y antigua lisura le conquistó el corazón para la perpetuidad, incluso para enseñarle a consentir el decimonónico suicidio del

galán de sus venturas y desventuras.

Noel Estrada, patético y solemne, inicia su camino hacia la plaza mayor del pueblo. Mucha gente acude con premura a la iglesia, varios transeúntes lo saludan.

—Poeta ¿qué pasa, a dónde vas? —con infantil curiosidad pregunta el teniente del ejército, pisaverde de pulcro uniforme, quien se encuentra en licencia luego de jurar las primeras armas. El oficial marcha a paso de ganso para la ofrenda.

—A la absoluta nada, a finalizar a lo Shakespeare esta tragedia— ruge despectivo—, no soy de los que adoran vivir en la caverna, sin ver la luz. En cambio ustedes prefieren existir en las sombras del horror y la ignorancia antes que despertar, en uso de lúcida razón, para desaparecer de esta inútil correría.

El recluta no para en detalles. Al fin de cuentas su estricta formación militar y su encargo de brindar seguridad y guarnecer a la nación de cualquier invasión marciana, le impide ser tan riguroso con los irreverentes poetas.

El sacerdote, presintiendo lo fatal, le sale al paso, y al acto le enseña la senda para ingresar al confesionario, entonces con voz de guacamayo lo intercepta:

—Noel, *velis nolis*, quieras o no quieras, y por más que huyas, Dios te conduce por la ruta de la salvación, el hombre cuando opta por el camino sagrado nada le asusta. Por el momento, siéntese y dígame su antología de pecados, luego, deposite con auténtica fe y sin dilación alguna, los sagrados diezmos. Si acata —continúa el sacerdote con seductora buena fe—, al pie de la letra estos mandatos, su dolorida alma queda limpia para visitar a san Pedro y entrar a la gloria eterna en cualquier instante. Sin duda, es un honor, un buen signo de conversión que me acompañe a escuchar la palabra de Cristo.

—Padrecito vamos por partes. Primero: esa retahíla de que el hombre mejora, no me la trago. Desde los inicios hemos sido la misma infinita porquería: con títulos o sin ellos, con dinero o sin él, con armas o sin ellas, con dioses o sin ellos. Y segundo: hasta hoy vengo a darme cuenta de que el diezmo es obligatorio.

El patriarca no se altera, y espera un poco. Noel, más aquietado, le explica al pastor de almas su intención de suicidarse, a la vez le aclara que no se lo cuenta para pedir perdones, sino para evitar la difusión de falsos rumores con respecto a su muerte. El sacerdote trata de disuadirlo de su empecinamiento, enterándolo de que sólo el Creador decide qué hacer con la vida de los hombres.

—Al fin de cuentas, Dios es dueño del universo. Pensar en adelantársele a sus mandatos, es un pecado, es desconocer nuestra religión, y eso es un desafío imperdonable; de seguro, usted con ello hace apología a ese malvado y traidor de Judas Iscariote —rezonga el cura con espléndida seguridad.

Noel finge prestar atención a las peroratas bíblicas convencido de que nada lo hará desistir de su determinación, entonces le responde al clérigo casi en un monólogo:

—Eso no prueba nada. El mero acto de vivir es un suicidio lento. Además, *Epicuro dictaminó: si vivimos, la muerte no ha llegado; cuando ella aparece, nosotros ya no estamos*. Así que viéndolo desde la óptica epicureana, no encuentro motivos para temerle a la pelona. Y en cuanto a las religiones, los dos sabemos que ellas necesitan del pecado para esclavizar al creyente. Sobre Dios, la cuestión se complica, hay mucho que despreciar de esta mediocre invención del hombre.

Alguien de la fila le toca el hombro, Noel atendiendo el mensaje del feligrés se despide del cura y abandona el confesionario con la absolución algo rabiosa del sacerdote.

Entretanto dispone de tiempo para malpensar con respecto a cada uno de los devotos que en ese momento rezan a su

lado, recuerda que en Iberoamérica hasta los ateos son católicos.

Se deleita y a la vez se conmueve con la farsa religiosa. Ya en la misa al ver acercarse a los dos rubicundos monaguillos, se hace el dormido para esquivar la ponchera de las limosnas. Al escuchar el ruido de las monedas que caen sin aparente dueño, piensa que no ha sido, ni será un manirroto.

El poeta sale de la iglesia antes de que el padre concluya el sempiterno sermón. Colige que a la naturaleza no le interesa en lo más mínimo el destino de la raza humana. Sólo son los hombres los que se ilusionan, pues en su candidez, viven persuadidos de ser el centro del universo. Respira el aire fresco del atardecer, saca una hoja y un lápiz, mira absorto a su alrededor y, como en sus mejores épocas, el bardo, en un dos por tres, escribe a la parca una estrofa en verso.

*Desde siempre te espero amada muerte, porque muerto
esperándote yo he estado; y hoy al verte llegar de medio lado
el fin columbro de mi humana suerte.*

Con caminar airoso, con su traje negro, con sus lustrados zapatos de igual color, con sus manos un poco temblorosas por el mal de Párkinson, pero con el corazón calmado, sonrío. No más espera

dos ráfagas del viento para desaparecer sin muchas campanillas.

«Mi vida se eclipsará —rumora para sus adentros—, con la felicidad que ni siquiera experimentó Cristo en el Monte Calvario, cuando creyó que con su muerte redimiría a la impostora humanidad de sus yerros».

Viajando en su newtoniana gravitación mental, un estentóreo bullicio proveniente de la plaza lo atrae de improviso a la realidad. Envalentonado se decide cumplir la promesa de morir *suo tempore*, y cuando le diera la gana.

En ese pequeño lapso de confusión surgen tres ladrones como zorros a su cubil. Entre ellos aparece el descolorido atracador que ya él conoce, quien con mayor experiencia delincucional regresa por el arma que perdió al huir de la policía, en aquel ya lejano atardecer de abril. Luego de ir a la casa, por boca de Martha se enteró de que el rapsoda portaba el pistolón con fines no muy nobles. Al ingresar a la plaza, distingue a Noel, entonces el paliducho malandrín con rapidez se acerca, lo atenaza contra su cuerpo, le retuerce la mano derecha, lo arroja al suelo, con un puntapié le golpea el abdomen, como un hambriento se aferra a la comida así se aferró al revólver, al acto sale a carrera tendida disparándole a las nubes.

El poeta, sin atenerse a las consecuencias y mesándose el plateado cabello, apenas si le sale la voz, les grita:

—Criminales, bastardos, hijos de polvos extraviados, si los vuelvo a ver, les arranco de cuajo sus pelotas para tirárselas a los lebreles.

El insulto se hace imperceptible. Los uñetas desaparecen dejando a los concurrentes estupefactos. Nadie acude a socorrerlo, allí, como sucede en su país, no se preocupan por los viejos, les seduce lo nuevo y aborrecen lo antiguo. Desdeñosos lo ven incorporarse con dificultad e irse con su cabeza agachada.

El trovador, desposeído ya de su antiguo revólver, compungido hasta la médula de sus ya porosos huesos, con una desilusión comparable a la pérdida del primer amor, odiando al destino por su importunismo, detestando a más no poder a los huidizos y desvergonzados ladrones, sale a reencontrarse con la incongruencia de su mundo habitual.

Ya con la noche a sus espaldas, el portalira entrevé a regañadientes que darle algún sentido a su hilacho de existencia, le ayudará a soportar con maltrecha dignidad los pocos o muchos años que aún le restan por vivir en compañía de su mujer, y la discordante legión de animaluchos y alimañas que

atestan su casa.

El sendero es señalado por una timorata luna, Noel siente un murmullo cercano de vejez. Camina en círculos bajo el tenue manto de luz, por un instante detiene su marcha, y ya menos enfadado le secretea a su mente: «Esto fue un incesante esperar, apostándole a la aparición de la parca que por nada surge, pero el hombre con su mentecata esperanza no intuye la réplica que desde siempre está desgranada: este viaje no conduce a puerto alguno».

Cerca de su chiribitil, mientras los cocuyos brillan y los zanquilargos le rozan las orejas, recapitula lo dicho por algún cínico: *si el diablo no lo requiere, nadie se va cuando quiere*. A lo lejos se distingue la casa con sus ventanas abiertas.

Martha está pintarrajeada, viste una bata azul rey y zapatos rojos de correas negras con hebillas doradas, al verlo brinca de alegría. Se cumplen sus sueños reprimidos, el dolor de la espera. Sabe que en otra jornada volverán a trabar conversación sobre la muerte, los demonios, la tragedia y la inutilidad de la vida. Y sin duda, imagina ella, cuando el perfume de Noel le invade el aliento, harían el amor a la sombra de un poema compuesto por su hidalgo jugar.

¡Que viva la vida y que se muera la muerte! grita hecha un mar de lágrimas. Noel la mira y un beso de poeta le estampa, para así olvidar la muerte y festejar con su gran amada el ritual de la vida.

Ay de los poetas que viven en la miseria y sueñan con ser grandes. Todo gran poeta tiene la locura de esperar un poema a la orilla de su cama.



Laberintos de una despedida

La dificultad de las despedidas son los recuerdos que se niegan al olvido.

En todo laberinto queda la claridad de que nos confundimos con facilidad.

No es cómodo narrar una historia cuando el personaje elegido goza de reconocimiento, y menos si cumplió de forma ejemplar su clerical rutina de pastorear almas impetuosas.

Es de dominio popular que el padre Antonio María Hincapié sobrepasa muchos linderos de la fantasía. Sus comportamientos inusitados fueron tan contradictorios que referir algunos tópicos de su existencia, tal cual ocurrieron, suscita innumerables controversias. Se requiere entereza para afrontar las críticas de quienes lo conocieron y lo trataron en persona, puesto que, por momentos, se alberga la sensación de falsear la verdad. Considerando estos pormenores, les prometo verificar la autenticidad de otros infundios, chismes y manuscritos que obtuve para ser anexados a la presente semblanza biográfica, no sin antes acudir, en sana lógica, donde sus allegados y correveidiles

para desentrañar sus puntos de vista a fin de compaginarlos y evitar así caer en ligerezas.

Mientras tanto, expongo ante las pupilas de mis posibles lectores, algunos pasajes y anécdotas bastante extravagantes en la vida de este prelado. Sucesos muy comentados, pero que con el transcurrir del tiempo se han desdibujado en el recuerdo de los viejos y convertido en un viso deslucido en la permeable memoria de los jóvenes.

El padre Antonio María llega un tedioso día de mayo en sustitución del avejentado sacerdote Nepomuceno, quien luego de arrostrar indecibles dificultades, y oficiar por tres décadas labores clericales, es comisionado para viajar a Roma a desempeñar un puesto de vital importancia, realizarle mantenimiento a los confesionarios de la Capilla Sixtina, razón de peso para la llegada del nuevo cura.

Antonio María se juzga desengañado de la vida por la facilidad en que las amnésicas muchedumbres tiran al olvido a sus aquilatados benefactores y, en cambio, guardan una reminiscencia de admiración por los incontables bandidos: desde el primer mandatario hasta el último cantante de radio.

Si bien, a los curas este tipo de consideraciones les está prohibido exteriorizarlas, el sentir y el discernir no pueden ser vedados a los

hombres por más que cualquier institución los pretenda intervenir. La rebelión empieza a agitarse en su interior al conocer la simonía o comercio con las almas, y la conformación de cruzadas para acaparar territorios, amén de otras ligerezas practicadas a lo largo de la historia católica. Por lo anterior, se propuso ser diferente a sus compañeros. Los consejos de sus superiores, lo develado en la Biblia y los legados soteriológicos los salvaguarda en algún presbiterio del alma. Pero la verdad sea dicha, las expectativas de Antonio María están enfiladas de otro modo.

«A los mortales no les queda bien darse la licencia de proseguir apáticos a la devastación de la especie por simples y llanas veleidades. Dar lo mejor de sí es el camino obligado por aquellos que creen en una sociedad diferente». Predica reiterativo, en cada una de sus peroratas dominicales.

En su niñez se condujo con docilidad: responsable en sus estudios, hacendoso en el hogar, solidario con sus amigos, buen deportista, apasionado por leer textos religiosos y cuidadoso con los bienes públicos o privados.

En la adolescencia es un modelo de comportamiento, reconocido en el colegio por su capacidad para comprender las lecturas y su facilidad de expresión. No mira a las mujeres como objetos

sexuales, las respeta por su don de creación, sensibilidad y predisposición para el sufrimiento en comparación con la cobardía de los varones. A medida que los años van sumándose, sus pocas travesuras de mozalbete pasan a conformar un insólito decálogo de acciones por corregir.

Al cumplir dieciocho años ingresa al seminario para estudiar teología. Lusto y medio después se gradúa con menciones de honor. Tan pronto se inicia en los oficios litúrgicos, la gente reconoce su esmero para ejecutar unos loables proyectos en pro de una colectividad ejemplar. Aunque en un principio parece un clérigo de misa y olla, en menos de lo que cuesta escribirlo acalla a los corrilleros e infaltables entrometidos; se afinca en el tiempo y de tímido sacerdote se transfigura en un imponente rompepúlpitos.

Sus excéntricos gustos alimentan toda suerte de rumores y comidillas que él no atiende. La casa cural, coloreada en tonos sicológicos, reta las tradiciones religiosas que propenden por los colores blancos y azules tenues. A simple vista las partes externas sugieren paredones de pergeño revolucionario; en sus interiores se distinguen chirriantes puertas marrones; muebles imitación Luis XV con telarañas en los espaldares, baratos óleos con figuras comunistas y libertadoras hacen parte de su colección.

Al contrario de muchos albaceas de Dios en la tierra, al padre Antonio María no se le conocen enredos amorosos con rubicundos monaguillos ni con casquivanas matronas. De sus vivencias en San Marino aprendió las manías de dictar misas en latín e italiano, a recibir obsequios en metálico y cambiarlos por monedas extranjeras para evitar la devaluación del peso Colombiano y así adelantar un mayor número de obras benéficas.

Radical en la toma de decisiones y variado en sus dichos populares, de acento pausado, pródigo en gesticulaciones, de buena entonación para los cantos gregorianos, poco efusivo con la televisión y muy crítico de los juegos de azar.

«Estoy iluminado por la sabiduría espiritual —explica en términos urticantes—. De sabios es el poco afirmar y el mucho dudar, pero de filántropos es el poco hablar y el mucho obrar». Paráfrasis que pasa a engrosar su breviario de máximas y axiomas.

De ordinario se atraca de provisiones para recorrer la comarca a caballo, duerme donde lo atrapa el cansancio y con preferencia a los otros alimentos come sancocho de gallina. Se siente nieto legítimo de monseñor Bienvenido Myriel, personaje de *Los miserables*, de Víctor Hugo; detesta al cardenal Ralph de Bricassart del libro *Pájaro espino* de McCullough.

En la región goza de voz y voto a la par con cualquier gallo político. Lo que se haga o dejara de hacer en el pueblo le incumbe. Su curiosa moral es un proverbio: liberal en su fuero interno y cavernario conservador en su vida pública. Tanto así que, cierta vez, unos parroquianos planearon erigirle un busto de bronce. Al enterarse de tan lambona iniciativa por boca de la ya jamona y liviana mujer del alcalde, Antonio María caracolea de palmo a palmo la plaza y los recovecos, hasta encontrar a los interesados en homenajearlo departiendo en una casa. Empuja sin ceremonias la puerta y allí en un recodo del salón, les declara en tono enfurruñado:

—Menudo grupo de tramposos, ahora si nos acabamos de joder. *Intelligenti pauca*, es decir, al inteligente pocas palabras. Pero esto sí es el colmo. No hay dinero suficiente para brindarle educación gratuita a los niños, pero piensan dilapidar los escasos fondos en monumentos que sólo son buenos para que los pájaros aniden, se le caguen en la cara y en la poca gloria terrenal que a uno le queda. Para acabar de ajustar, se convierte en el orinal público de borrachos y pelafustanes.

Entre dimes y diretes tratan de persuadirlo con argumentos patrioterros, pero es imposible cambiarle de parecer; ya que él, ensimismado en su papel de extrema humildad, tiene ánimos de

conminarlos con la excomunión de seguir porfiando en levantarle estatuas a él que se siente una brizna de polvo en manos del Señor. Mudos quedan los asistentes, al final, le dan un aplauso y para calmarlo le prometen con Biblia en mano que no le harán monumento alguno.

Antonio María insta a todos los aldeanos a cooperar con lo mejor que posean para el engrandecimiento de la parroquia. Sus misas son unos rituales con dilatadas oraciones en latín, incluye unos sermones donde no exceptúa a nadie de ser citado, bien por sus contribuciones o por sus miserables. Exigente con la limosna; quien no la rinda de buena voluntad puede ser sujeto de emplazamiento público por tacaño; no existe ardid o triquiñuela eficaz para evadir las infaltables peticiones. Muy cumplido, cada año pasa recolectando las donaciones para el ancianato y casa de reposo para enfermos terminales. Estas exigencias económicas, a su vez, lo convierten en un ser más alcabalero que el mismo Estado.

«El valor de una persona crece —salmodia con indiscutible aire encumbrado—, en la medida en que se despoja de la avaricia y anhelos de acumular bienes materiales. El modelo por calcar es Jesús, quien se presentó en Emaús a sus apóstoles desposeído de cualquier mundana ambición.

Siempre se ha dicho: *Verba movent, exempla trahunt*, las palabras mueven, pero los ejemplos arrastran».

A este atildado predicador la ablución le sirve de motivo, —en un acto de sana caridad, sentencia él—, para visitar casa por casa perdonando a los recién nacidos del —para muchos—, trasnochado pecado original. El capellán, con zurriago en mano, entra a los bares para sacar, a físico garrote, a cuanto hombre casado vea consumiendo licor o en flirteos libidinosos.

Pasado un buen tiempo en la vida del clérigo, una tarde del quince de noviembre lo visita un encopetado grupo de eclesiásticos procedentes de Roma con el fin de verificar algunas presuntas irregularidades. Se rumora en las mismas riberas del Tíber, acerca de unas exigencias espirituales y materiales impuestas por un desaforado curita en un ignoto pueblucho andino.

La comisión enviada por el Vaticano tarda dos meses en realizar los rastreos, sondea por doquier, pero gran sorpresa se llevan al percibir el afecto y la aceptación de la grey a los requerimientos del presbítero. Unas semanas después, algunos acompañantes del séquito, olvidándose de su misión, se solazan con santurronas jovencitas, quienes parecen cortesanas haciendo el amor, según consta en el diario espiritual que deja olvidado uno de los

integrantes de la comitiva. Satisfechos de su labor regresan a la Santa Sede a informarle al Sumo Pontífice de todas las bondades halladas en un ser sin máculas morales, testimoniando por la fe que mejor abanderado del Vaticano no habían visto en años.

Un poco traído de las barbas, la inspección eclesial favorece al párroco. Más pronto de lo esperado llegan anuncios de la Basílica ofreciéndole un posible obispado, o en su defecto un traslado a la Ciudad de Dios. La noticia se propala y la paritud se va exacerbando por tan inesperada decisión. Los pueblerinos no ansían ver a su guía espiritual en Roma limpiando cristalería de murano, o lavándole los marmóreos y rugosos pies al Sumo Pontífice. A la población le basta y le sobra con tenerlo y verlo en su acostumbrada bonhomía. Algunos creyentes de su rebaño deducen que el comunicado es un tipo de pastrana urdida por algún cafre de los cientos de desempleados del país, bigardías muy comunes en esta región del mundo. Para desazón de la comunidad, pronto se cercioran sobre la autenticidad de los informes venidos del envejecido continente.

En tales circunstancias lo abordan unos políticos, trashumantes oriundos de la capital, quienes aspiraban sobornarlo con terrenales ofrecimientos. El cura al oír las

raras propuestas enarca las cejas, y con el sosiego e ironía de siempre les despacha este dicterio:

—Óiganme, ¡qué horror! continúa envileciéndose la política. Señores tracaleros, tanta ignorancia arracimada en torno a unos ideales son una verdadera amenaza. Aún están en ciernes de arrepentirse, bien pueden retornar por donde arribaron. Si precisan ganar adeptos, no cuenten conmigo, tampoco los faculto a seguir excediéndose a mis espaldas, en marrullerías, ni mucho menos les permito pontificar respecto a mi estadía.

Los politiqueros salen contrariados sin comprender la decisión del vicario. Acto que celebra el monaguillo encargado del campanario, quien escucha desde el abarrotado cuarto de vinos, mientras bebe mosto de consagrar y traga, a dos manos, hostias benditas y sin bendecir como si fueran galletas.

No obstante, al punto de meditarlo durante dos meses, y sin más preámbulos de su parte, Antonio María convoca a los feligreses para su misa de despedida y de agradecimiento por la colaboración y aceptación incondicional. Para darle énfasis a su decisión, el sacerdote pega con engrudo en los portales de la capilla el siguiente anuncio:

**PARROQUIA NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES TIENE
EL GUSTO DE INVITAR A LA COMUNIDAD EN GENERAL A LA
ÚLTIMA MISA DE AGRADECIMIENTOS POR PARTE DEL
PADRE **ANTONIO MARÍA HINCAPIÉ.****

Los esperamos en la iglesia el día 17 de febrero a las 4:00 P.
M.

Presbítero Antonio María Hincapié.

El eclesiástico cumple así la orden dada por los superiores, en la cual disponen su presentación a la capital del mundo cristiano, el once de mayo, para asumir un nuevo puesto.

Ante la avalancha de anuncios, los devotos y el pueblo en pleno se movilizan y arrancan los cartelones. Los líderes comunales elevan nuevas solicitudes y memoriales que envían al Vaticano con copia al presidente de la República y a los medios de comunicación. Los días pasan con lentitud. A estas solicitudes, la Santa Sede no responde; el mandatario de la nación, repitiendo la historia tantas veces repetida, no hace nada, y los mass

media, fieles a su práctica, se lucran con reportajes sensacionalistas que el país empieza a seguir con máxima atención.

El padre persiste en dejar ver su alma de acero, no da muestras de enojo y para evacuar dudas resuelve empacar sus pertenencias en baúles. A destajo embala crucifijos y otras reliquias para llevarlas a bendición papal, y regresarlas a vuelta de correo.

El día anunciado llega. Así es que siendo las cuatro de la tarde da inicio a la palabra de Dios. Entre otras cosas, la más larga de todas las cantinelas que en la parroquia se conozcan, a la cual acude cuanto fiel e infiel se tenga información.

Casi tres horas dura la misa. Imparte consejos, distribuye parabienes, bendice imágenes y hojas de plátano que algunos feligreses llevan. Promete a la concurrencia que estará de regreso si la Divina Trinidad le da vida y salud para traer donaciones a la capilla y celebrar sus bodas de oro al servicio de la verdad revelada. Remata con tono filosófico: entre menos gloria arrope un hombre, mayor es la libertad.

Terminada la filípica un singular ambiente abriga al poblacho. Algunas gentes se alejan con lágrimas por el dolor de perder a su

líder espiritual. Huele a tarde de granizada. Ya en el atrio, apesadumbrado inicia el descenso de las escalinatas, pero de pronto, y como si cayera del campanario, aparece agitado un cartero que le entrega una orlada misiva procedente del Vaticano. Aparentando calma la recibe, rompe el sobre y al abrirlo, en letra de color negro, lee:

**Excelentísimo padre
Antonio María Hincapié**



A partir de la próxima semana santa, el Sumo Pontífice iniciará las gestiones pertinentes para nombrarlo obispo. Por disposición papal usted ejercerá el obispado en su entrañable comarca, la cual se elevará a la categoría de Diócesis. Cuando los requisitos para tal fin sean cumplidos, se le informará con antelación la fecha de la ceremonia.

Gloria in Excelsus Deo.



Su mano temblorosa cierra el preciado documento. Un efluvio de beatíficas lágrimas recompensa toda una vida de leal servicio a

una muchedumbre, que siempre lo ve como un ángel del Señor enviado para el mejor bien de la región. Dilucida que no se pueden equiparar suposiciones con realidades, y que los laberintos de las despedidas son indescifrables para los hombres.

Recapacita en la urgencia de adquirir modernos libros de contabilidad y traer de la capital un contador juramentado para controlar los desmanes del sacristán. Tiene en mente abrir nuevos dispensarios, e imponer estrictas normas de conducta moral a una voluble pero crédula multitud que con gran celo religioso lo idolatra y que, por lo visto, proseguirán venerándolo para mayor gloria de Dios.

Concluye que para él la felicidad es una obligación. De inmediato se enjuga el rostro y con cierta gesticulación divina eleva la mirada al cielo. En su descenso a la plaza, percibe en su imaginación una inmensa columna de humo blanco en la Roma imperial anunciando su devenir, un claro presagio a lo que seguiría, pues a un hombre del porte de Antonio María Hincapié nada se le vuelve imposible.

Cuando su imaginación quiere ir por otros recovecos, la multitud lo iza con absoluto enardecimiento, el amor brota por los poros de los asistentes, proviene de las cuatro esquinas, viaja en el viento,

es el mismo tiempo. Todos quieren perpetuar esos instantes, luego con absoluta pasión religiosa lo pasean por las calles, por vez primera sienten navegar por sus venas una felicidad que hiela la sangre.

Algo indescriptible se intuye, la condición humana ya no gravita sobre él, demasiado bueno para ser real. Entonces los seguidores se van enloqueciendo por tocar a su ídolo, anhelan impregnarse de su ternura y virtudes. Los feligreses perdidos en aquella euforia colectiva no avistan lo que para ellos se constituye en una felicidad inacabada.

Lo último que contemplan de su rostro es una mueca de absorbente gratitud cuando la vida de Antonio María Hincapié se despide con los primeros destellos de la luna.

“La muerte no sabe de gloria para sus hombres”, grita la enardecida muchedumbre que no deja de llorar, no quieren acostarse ni sepultar a su gran guía espiritual.

No olvidamos aquellas despedidas laberínticas donde lloramos sin llorar, amamos sin amar y morimos sin morir.



El ajedrecista infernal

Entre la ciencia y su ritualidad se desprende
la vulgaridad.

Las gentes se apresuran por llegar a la
meta, luego se acuerdan de haber disfrutado
más del camino.

La guerra entre blancas y negras, entre lo bueno y lo malo,
entre luces y oscuridad se revitalizan en el juego ciencia ¿Es
ciencia al revivir estas bajezas?

—Este pintoresco y en ocasiones engañoso suceso —comienza a
explicar el maestro—, es retomado de las analectas de un
principado. Episodio sin par que reposa en el tomo diecinueve, del
cual por respeto a la verdad, se transcribe sin agregar o quitar una
letra para no restarle autenticidad a este acontecimiento. *Nihil
obstat*, nada se opone a su publicación.

Dicho esto, los escolares con presteza abren sus cuadernos, y
afilan los lápices para copiar lo que más les interesa del relato. Un

momento después, el profesor, con un manifiesto tono académico da inicio a la leyenda:

<<En un despintado salón, atiborrado de polvorientos papeles que yacen sobre viejos anaqueles, se adelanta una audiencia. Allí, en medio de un calor sofocante, se encuentran el acusado, el juez, el fiscal y la severa parafernalia de la justicia. Al sonar la campanilla, el juez dispone la apertura de la sesión dictar sentencia. El presente documento, señor juez —prosigue en tono ríspido el fiscal—, debe obrar en calidad de precedente a fin de infligir una condena ejemplar a ese recursivo e infernal ajedrecista. Luego, el acusador se yergue pausado, entreabre con parsimonia un tomo, extrae tres rugosos folios y, mirando con estudiada suspicacia de un extremo a otro del recinto, inicia la lectura:

«Me encontraba disputando una crucial partida de ajedrez; el número de concurrentes iba en aumento, y la tensión in crescendo; ambos calábamos lo decisivo que sería el desplazamiento de la reina. Si mi compañero fallaba, según su palabrería, perdería el invicto; yo en cambio, de no triunfar, fracasaría una vez más.

Acerca del deporte ciencia mucho se ha escrito; o qué lector, más o menos culto, puede olvidar lo que expuso Edgar Allan

Poe en Los crímenes de la calle Morgue: *Sin embargo, calcular no es lo mismo que analizar. Por ejemplo, un jugador de ajedrez realiza lo primero sin esforzarse en lo segundo. Y en consecuencia, debe deducirse que el juego de ajedrez, en sus efectos sobre el carácter mental, su interpretación es errónea.*

El curso de la partida tuvo un desarrollo corriente, yo participaba de las fichas blancas, mi rival de las negras; corridas dos horas de juego con variadas estrategias de ataque y contraataque desplegadas por ambos, la situación era complicada para los dos. en consecuencia el contendor levantó su cabeza, y con un atisbo despectivo me ofreció tablas. No acepté, vi algo perverso en su generosidad.

La cruda realidad es que la apertura escocesa fue una de las pistas convenidas con los integrantes de la cuadrilla para desarmar, amarrar a los vigías y así escaparnos de la cárcel. Si por el contrario hubiera empleado la salida italiana, al estilo de Al Capone, en su honor, léase bien, la muerte de los guardianes era el paso a seguir.

Mis asociados fueron afortunados: nada les falló, lograron nuestro apasionamiento y desaparecieron sin darnos cuenta. El morbo de la

prensa se tornó aún más amarillista al enterarse que, diez días después, los evadidos acometieron un sanguinario asalto a una entidad crediticia alzándose un jugoso botín. Luego de este hurto, perpetraron otras audaces malandanzas y fechorías; pero esta historia no se hace cargo de estas truculencias o simples casos de policía.

El anterior guardián fue acusado y condenado a purgar prisión por descuidar sus funciones de vigilancia. Entre tanto, mis antiguos compinches de correrías, hasta la presente, no me han remitido ni un chelín en señal de gratitud por mi sacrificio. Los muy ladinos mostraron el cobre y se alzaron con el moro y el oro; esos mezquinos ataron a los centinelas, huyeron sin tenerme en cuenta, aprovecharon que el deslenguado oponente y yo estábamos ensimismados en este embrujador juego.

Las cosas no quedarán así, he de cobrar venganza con los anteriores compañeros por ahora fugitivos, tengo planeado convencer al nuevo jefe de guardias para que juguemos una partida, si acepta daré uso a una apertura agresiva para llevar a cabo la fuga, lo que ya he planeado con los nuevos reclusos».

Concluida la lectura, el fiscal toma tres sorbos de agua, ceremonioso dobla las hojas de su ponencia y, de mala manera,

las legaja en su portapliegos para dirigirse al público increpándolo con severas y medidas palabras:

—Hasta aquí, señoras y señores, la pormenorizada descripción de iniquidades cometidas por ese pillo, quien sin ningún miramiento las redactó con su puño y letra. Recapaciten, díganme por favor, qué opinan del prontuario, dos veces repite la misma hazaña y dos veces caen los gendarmes ¿acaso no recuerdan que el ingenio de un hombre contribuyó para obtener la victoria en la guerra de Troya?

No hay, por el momento, ninguna réplica.

—Lo de Troya —con escasa convicción acota el fiscal—, es muy lejano, y lo del ajedrecista un hecho cercano, total ni punto de comparación —impertérrito mira allende las polvorientas ventanas—, lo más reprehensible de este sujeto es que se entrega al deporte de asustar y engañar. Con esta industria logra convencer al nuevo comandante para disputar un *chaturanga* o ajedrez; el ingenuo oficial cae en el cimbel, no rumia que el farsante utilizaría la enigmática apertura italiana. Esta vez sí materializó sus intenciones, secundado por noveles rufianes allí reclutados, a los que instruyó del lance a seguir; y, sobra decir, que su táctica no le falló. De tal carnicería se salva

el contendiente dizque por lástima. Fue amarrado a una reja quedando el juego en sus primeras fases. A ese inocentón alguacil, señoras y señores, es al que hoy juzgamos porque, similar a su antecesor, cayó en la ladina emboscada, dos tórtolas con el mismo señuelo.

Por lógica —recaba con vehemencia el fiscal—, debe prohibirse por un tiempo el ajedrez en este país, es un juego peligroso que andará enseñando este rufián a los niños. De seguro, los ajedrecistas son una desgracia.

Todos los asistentes se amanguan y envanecidos aplauden tal propuesta, exclamando a viva voz: hay que destruir el origen del mal, pues lo que no sirve al ser humano, posible es que le corrompa hasta convertirle en villano>>.

—Es cierto —repite el profesor con voz espesa—, la costumbre triunfa una vez más. Lo tengo claro, *Docendo docemur*, enseñando, aprendemos. Al fin y al cabo con profusa facilidad las bobadas se vuelven colectivas. No había nada qué hacer, era el colmo. Así fue —agitando sus recuerdos, recalca el pedagogo ante sus alumnos—, que por décadas se difundió tan fundamentalista precepto, y remedando las grandes majaderías de la humanidad, que no han sido pocas y jamás dejará de haberlas, no

se permitió a los caballos deambular por sitios concurridos, ni siquiera a los peones de las fincas y haciendas, para no traer a la memoria de los hombres de este principado el juego del ajedrez.

En toda prohibición radical se revive cierta vulgaridad.



Ejemplos para el conde AibmoloC

Los dictadores sólo escuchan las voces del propio narciso que los habita. Por así decirlo, casi todos tenemos un pequeño dictador guardado, por tanto, un narciso que nos habla al oído.

Luego de varios circunloquios y divagaciones preliminares, el consejero Patrocinio refiere la última fábula del día al encumbrado conde Aibmoloc. El preceptor, sin perder el buen humor e interés, bebe a sorbos una copa de champaña, mientras repara a su interlocutor e inicia sin más preámbulos la soflama:

—Su excelencia, si no le incomoda, dígnese prestar atención al siguiente relato. Me figuro que esta narración bien pudo suceder en aquellas épocas del érase una vez o de la curiosa pasión del calvario; tampoco se extrañe, su excelsa majestad, si algunos de esos comportamientos continuarán vigentes en alguna otra era futura.

El consejero Patrocinio se pasa la mano derecha por el cabello y prosigue:

—La verdad es que en cierto país se suscitaron perniciosas quejas de la comunidad contra las irregulares actuaciones de sus dirigentes. Entonces, el regentador, abrumado por salvaguardar su cuestionada imagen, y buscando con afán congraciarse con el clamor general, opta por adelantar un juicio precautelativo de responsabilidades. En escasos dos meses, se obtienen abundosas e inconexas respuestas. En ellas, puede colegirse que los males se gestan por la baja calidad profesoral, producto de la deficiente e improvisada educación. Por tal motivo, el sagaz déspota asesta el primer golpe de gracia —según él—, o de desgracia según se verá.

Sin mediar otras consultas, impone por decreto enseñar a los niños la ciencia dura; es decir, conocimientos técnicos y científicos para afrontar la vida, estimulando el propósito de que en el futuro sus gobernados dejaran de dolerse y mofarse de la estrechez mental de sus connacionales; y, a la vez, fuesen reconocidos en el orbe entero por el preciado don de la inteligencia.

La disposición se transforma en realidad, y la evanescente

felicidad de los habitantes no se deja esperar. Alienados anticipan las fiestas patrias: tres horas de desbordante jacaranda dan la bienvenida a tan omnisapiente resolución.

Los docentes repasan la historia universal; reinventan lo inventado; reviven los pasos de la alquimia; teorizan acerca del flogisto; leen la ética a Nicómaco, la magia negra, el kamasutra, incluso aprenden de memoria el discurso del método y el discurso sobre el espíritu positivo. Se vuelven eximios oradores, parecen verdaderos mentores de la ciencia clásica. Se llega al extremo de que hasta los militares en galladas, los rústicos campesinos, los oportunistas ministros y los infaltables ladrones se ejercitan en practicar la ciencia. La genialidad del decreto detenta algo más inesperado aún; una vez, puesto en vigencia —y para mal de la patria—, las tentadoras y sicalípticas mujeres, por naturaleza conversadoras y diestras en la intuición, se tornan en insoportables sabiondas.

—No todas las mujeres conversan desde la intuición —
interpone el conde con mirada insobornable.

—Pero si actúan desde la testarudez —insiste el consejero. Sin emitir más comentarios del caso en particular continua con el relato.

—Bueno, lo cierto es que tiempo después, cuando entra en decadencia la ordenanza, de nuevo renacen los airados reclamos, y brotan como la breña galopantes dificultades en los cargos más importantes de la administración, surte otro malestar general en los varones —de ello dan fe los notarios, porque esta vez sí les consta—, resulta que la natural coquetería y gracejo de las mujeres se está diluyendo; ya no fingen enloquecer de pasión, acallaron sus estudiados gemidos mientras practican el amor; tampoco gruñen ni regañan por cualquier fruslería a sus poco imaginativos esposos.

Ahora se la pasan dialogando acerca de elevadas hipótesis y teorías científicas. Sus costumbres se trastocaron, no volvieron a ser las de antes.

La tos del consejero lo forza a realizar una pausa. Su exhibición parece irrefragable, se levanta, abre la ventana, contempla el paisaje y suspira.

—Ante el resurgir inesperado de estos imprevistos —prosigue Patrocinio sin mudar aires—, los dirigentes cercanos al rey son cesados, pide ayuda a otros principados lejanos para sustituir a los engreídos y consuetudinarios ministros por individuos

corrientes y molientes, alejados de la ciencia. Se ofrecen jugosos estipendios en los burdeles y lupanares para que las damiselas instruyan a las encopetadas damas pensadoras, en el arte del bien mover las caderas a la hora de hacer el amor, dentro o fuera del cumplimiento de sus juramentos conyugales. Fue imposible hallarlas dispuestas a ejercer tales menesteres. Todas se educaron en la agudeza, y no para ser devoradoras de hombres. Así, a medida que saltan inconvenientes y se acrecientan las querellas en las distintas clases sociales, a consecuencia de tan curiosa administración, se ordena paliar la situación con paños de agua tibia. Titubeantes medidas que más tardan en ejecutarse que en atender nuevas y largas filas de querellantes.

Aunque el caso parece tomar las proporciones de lo ridículo, los hombres, sin apenarse, se quejan ahora por escrito y con testigos, ante los tribunales judiciales y eclesiásticos, de la frigidez y negligencia de sus mujeres para seducir y excitar sus ya, de por sí, menguadas ansias para cumplir con los escarceos de la pasión. Frente a la ineficacia de las blandas y resquebrajadas normas educativas, se asignan varios comités de búsqueda, personas idóneas para viajar a través de valles y collados del territorio patrio, en procura de alguien que no sea científico. Al no encontrarse a nadie que no lo fuera en mínimo o mayor grado, y a

pesar de haberse puesto en marcha exhaustivas indagaciones, la medida más plausible llevada a cabo es la de suprimir dicha ordenanza. De esta manera se destierra de una vez por todas el adoctrinamiento ciudadano sobre la malquista y embelecosa ciencia.

—¿Qué pasa con los institutos de enseñanza y qué es de las mujeres? —interrumpe sorprendido el conde Aibmoloc, con puños festonados de oro.

—Puras decisiones numantinas. El dictador —explica Patrocinio—, caprichoso en extremo, dictamina el destierro de los escritores, argumenta que no necesita de vagos con ideas coaguladas y escleróticas. Luego prohíbe, so pena de ejemplarizantes castigos, platicar acerca del *eppur si muove* de Galileo, o sobre el *cogito, ergo sum* de Descartes. Por otra parte, quien ose mencionar, así sea en conversaciones esporádicas del mítico Ptolomeo, puede ser objeto de severas recriminaciones; de tal guisa que el legislador, atendiendo el clamoreo popular, implanta normas más restrictivas para erradicar de aquel pintoresco estado la intrusa ciencia.

Transcurrido un tiempo las jocundas mujeres, aquellas musas que todo lo inspiran, que todo lo pueden, son las más

asediadas y perjudicadas; renace la confrontación del saber contra la rapacidad del placer desbocado. En ello falla la disposición gubernamental; por lógica, su excelencia puede deducirlo: toda elección supone una negación. No olvidemos que es un terrible error formar pensantes a todos, puesto que lo preciado en los humanos es esa extraña capacidad de captar lo obvio y su malicia para afrontar la vida.

—¿Qué sucede con las gentes del común? —inquire un poco cansado el conde Aibmoloc.

—Fíjese honorable Majestad que ni en Alejandría ni en Pompeya se dieron tantos contrastes, pero en verdad ni la filosofía, lo digo en griego como tributo a los helenos, ha podido encontrar salidas a este tipo de encerronas. La cáfila, la mesnada o la gleba, como bien desee usted llamarla, continúa padeciendo, dando rienda suelta a sus garrulerías por otras crasas nimiedades, según es y ha sido su congénita costumbre. Si algo mantiene con vida a un pueblo es su imperecedera ignorancia.

—Eso es suficiente.

—Para el hombre, nunca, nada es suficiente, eso sí no podemos resolver los problemas sociales a punta de decretos, a ejercicios de escritorio. Por ejemplo, desde que las gentes

cogieron la maña de morirse, no ha existido forma de evitar esa insana costumbre y ese decreto nadie lo ha estipulado.

—Interesante reflexión, aunque morirse no parece insano, es el justo precio a la renovación. Lo indesmentible es nuestra tozudez en preservar unas actitudes dañosas para la especie —sentencia Aibmoloc.

—Bueno, para no fastidiarlo mi reverenciado conde, y viendo que se nos vuelve tarde, lo mejor es dar por concluido el relato del día —expone Patrocinio, al cabo que suspira con muestras de fastidio.

—Ya que usted ha dado por terminada su magistral exposición, mi querido Patrocinio, y sabiendo que dependo de sus atinados consejos, ¿cuál es la advertencia a la que debo dar prioridad?

—Respetado conde —articula el mentor con duda y dolor—, *nihil sub sole novum*, nada hay nuevo bajo el sol. Además, ésta no es, ni mucho menos, la única respuesta, pero tenga usted por cierto, señor: las mayorías casi nunca tienen la razón, y por si acaso la llegan a tener, hay que negársela. Jamás olvide su excelencia, que es, empero, fatal aceptar apariencias por realidades. La fermentada plebe es obtusa, en su incultura disfruta reduciendo lo poco que hay de valía en

piltrafas. Entre otras cosas un afamado filósofo explicó: donde todos opinan, los eruditos se silencian. Sin embargo, para atracar en puerto seguro, es mejor pecar por sátrapa que ser conocido como náufrago en aguas tibias, porque de ellas líbrame Colón. Al fin de cuentas, los hombres sin tacha son, en extremo, sospechosos; recuerde muy bien lo que pasó con Nuestro Señor Jesucristo.

—Es difícil juzgar el pasado. Lo mejor es el perdón, pues la peor de las ofensas humanas es el olvido.

—Nunca, mi respetado conde, para mí, la venganza es la respuesta más inteligente a las afrentas.

—Bueno —añade Aibmoloc con falsa queja—, la venganza es una salida muy pobre a tantas contingencias humanas. Ojalá esta historia sirva de referencia a los futuros dirigentes para que en lo sucesivo no actúen cual frágiles peleles, movidos por encontrados rumores.

El conde parece impresionado; el mentor, resignado. Cuando Aibmoloc se dispone a refrendar unos novedosos decretos para volver la tranquilidad a su isla, las llamaradas de rencor y venganza empiezan a subir por el palacete. La sonrisa se extingue en sus rostros. Ambos en su desespero quieren

conjurar la amenaza, con voz espesa llaman a gritos, pero es tarde, los sirvientes se evaporan. Lo terrible es que Aibmoloc ya carece de poder, el fuego lo anuncia, sus continuos errores lo excluyen del trono, nadie lo salva, al fin de cuentas las gentes olvidan lo que quieren olvidar.

Las cenizas y el humo copan el espacio, mientras hombres y mujeres con rituales orgiásticos festejan el advenimiento de frescos vientos, convalidando así una antigua sentencia: toda forma de poder corrompe y el pueblo sabe bastante de despreciar a sus líderes y de quemar las basuras.

Allí entienden que un narciso es alguien que habla a los demás dándose consejos a sí mismo.



Miguel Alberto González González

Utopías de escritores

Hay males necesarios. Los escritores son un ejemplo de ello.

Un intelectual puede estar satisfecho, pero de mal genio; una persona común puede estar insatisfecha, pero de buen genio
¿Paradoja y utopía de ser intelectual?

Existen animales y gentes que la única forma de conocerlos es permanecer bien lejos de ellos; Genaro Tovar, intelectual desbordado, es uno de esos casos.

En el barrio se rumora con inusitada insistencia y se pregona a las cuatro brisas que a Genaro, al igual que al afamado Coronel Garcíamarquiano, se le pasan las semanas enteras aguardando que el mensajero de postas le traiga una carta. Él no sabe de quién, de dónde, ni cuándo le llegará, pero esa extraña premonición no lo desampara, pese a llevar años sin recibir tan siquiera una anónima tarjeta de nochebuena.

Como es de suponerse, las chanzas de quienes conocen su epistolar obsesión no tardan en aparecer; pero Genaro, ajeno a su mundo exterior, y con una fe de carbonero inconcebible, no las atiende. A ciegas cree, sin más argumentos que los otorgados por su imaginación de foliculario, que esa milagrosa misiva lo catapultará a su bien merecida fama. Lleva varias noches de inquietud azuzado por pesadillas, en las cuales unos legionarios de la antigua guardia pretoriana lo siguen lanza en mano para ajusticiarlo. Lo acusan de conformar un sórdido complot para asesinar al emperador.

En la última alucinación, previo a lo que para él sería la buena nueva, se levanta chapaleando en el sudor. Por poco un soldado le da cacería, pero gracias a Bruto, el parricida asesino de Julio César —quién lo creyera—, Genaro se salva de ser lanceado, encubriéndolo en un pasillo del Coliseo Romano, justo en el momento en que se aprestan a salir los hambrientos leones a cumplir la tarea de devorar las entrañas y triturar los huesos de cristianos.

A la hora de levantarse, con o sin pesadillas, de vez en cuando, opta por calarse una camisa floreada, un pantalón negro y calzarse unas raídas botas vaqueras, apresurado toma un renegrido tinto o una pócima de plantas medicinales,

después, mira con alelados ojos a las esquineras arañas y a paso de lobo sale por las alamedas del barrio para recibir aire fresco durante la mañana, olvidándose de estar contribuyendo con su olor de fungoso incunable a espantar los escasos lectores y admiradores que aún le quedan, arriesgándose a que el diablillo de los linotipos se lo alce en cuerpo y alma.

Como es de esperarse en un soñador de su calaña, el antiguo trabajo de bibliotecario no llena sus expectativas porque, según él, los visitantes, en lugar de leer literatura se la pasan consultando tratados de alta gerencia.

En noches de luna llena, Genaro es incapaz de apaciguar su lengua dicharachera; se torna tan díscolo y obstinado en sus discusiones que, en no pocas ocasiones, interviene la policía para exigirle mesura en nombre de la estrábica justicia. El postrimero de sus actos que colma la copa, fue cuando a físicas patadas y a guarapazos noquea a dos jóvenes estudiantes de humanidades, quienes insistían en demostrarle, texto en mano, la inexistencia de registros verificables acerca de Homero y, por ello, tan sólo por ello, los tres terminan durmiendo la algazara en el único calabozo del barrio; burdo alboroto que le cuesta la destitución fulminante. Para colmo, al notificársele su retiro por parte de

los directivos, fiel a su estilo desapacible, emprende a vociferar:

—Malhadada vida, esto me sucede gracias al celeberrimo cantor ciego; me puse a defenderlo y nadie ni siquiera el negligente celador, vino en mi auxilio. Pero sea lo que sea, de todo corazón opino que a lo hecho, pecho; además sigo convencido de que la envidia es la enfermedad más peligrosa de este país. Pese a todo, prefiero ser el roble y no la endeble caña, así de La Fontaine se incline por lo contrario.

En su infancia y adolescencia se comporta con deschavetada indocilidad: come tierra; mastica mocos, le esconde a su padre los calzoncillos de lona; fisgonea, a través, de una rendija del baño a su tía, la rezandera, emocionada acariciándose su pudoroso sexo; cuelga en los guayabos las camándulas y crucifijos de su abuela; le echa tomate a los alimentos de su escrupulosa hermana para saborear doble porción y, cuando puede, le amarra el pico al gallo saraviado para que no perturbe el sueño con su matutino kikirikí.

En medio de sus gasconadas Genaro muestra ribetes de gran lector. En los últimos meses se halla ensimismado releendo y glosando, por enésima vez, los libros de Kafka, los cuales

guarda con celestial esmero en sus estantes. El primer texto en impactarlo es La metamorfosis. Aduce que es una historia alucinante para calarse de un tirón; la considera un modelo digno para copiar porque se aprende a transformar la realidad cotidiana. En ese relato ve una señal lamentable del siglo XX, a la gente le preocupa más trabajar que su estado de salud. Desde hace tiempo, reposa en su inquieta imaginación la curiosa idea de reescribir a su manera el relato kafkiano; por ejemplo, el primer párrafo, piensa él, no sufriría más revisiones. Veamos la última adaptación:

Cuando despierta la infortunada cucaracha, aterrorizada queda al verse con aspecto humanoide, le duele en lo íntimo de sus antenas y de sus patas la sorpresiva involución; no sabe a cuál de los fastidiosos e ineptos dioses culpar por semejante ignominia. En su vida de insecto advirtió que el ser humano es la peor larva del universo; destruye sin necesidad todo lo que encuentra a su paso. Por tales razones, lo más grave que le puede acontecer a una inmortal cucaracha es descender en la escala biológica, hasta transmutarse en un desabrido humano. Qué asco: a la cucaracha le produce angustia y verdadera repulsión ser emparejado con un pretencioso homo sapiens.

Genaro se enorgullece de su estilo, no duda que con lo anterior se colará en la historia por ser el único viviente que especula en modificar ese I texto de La metamorfosis. Se ocupa con mucho esmero del final. Para él, lo más revelador en los cuentos y novelas es saberlos terminar, no asiente los finales poco sorprendidos, gratuitos o sin chispa.

La otra obra que lo enloquece es El proceso. La juzga inigualable, porque los intrínsecos de una enmarañada e ineficiente justicia que acosa al estoico señor Joseph K., le recuerdan a Genaro la historia de su continente en la última centuria; le parece una radiografía novelada de la truculenta justicia latinoamericana.

De Cien años de soledad, realiza innumerables observaciones, algunas de deslucida impronta. Sin experimentar el menor asomo de vergüenza atestiguó que en sus visitas astrales a *Macondo*, le impresionó la perseverancia de Úrsula Iguarán en no tolerar que la feracidad del paisaje invadiera la casa. Lo conmovió la animosidad de Amaranta, le aterró la paciencia de José Arcadio. Manifestó sentirse frustrado por no haber visto a Remedios la Bella. Dijo también no gustarle algunas actuaciones de la Mamá Grande, por tal razón, le cogió inquina y en represalia no asistió a sus funerales, porque la

intromisión de aquella impredecible anciana en los asuntos privados de la gente no ameritaba rendirle honores a su venerable carroña.

Con estas quimeras desatendió el refrán acuñado por sus propios congéneres: si se miente, sea breve para después no sufrir por una memoria leve.

Genaro recurre a cuanto sea posible para demostrar que su barrio es un lugar más digno que el Macondo garcíamarquiano. No hay forma de hacerle caer en la cuenta de que dicho pueblo es una invención del Nobel.

Genaro destaca, lo cual no se ha podido comprobar, que su estadía en Bagdad le ha servido para comprender a cabalidad lo relacionado con el vuelo de las alfombras y la coartada de intrigar con guerras santas. En Split, Croacia, lo cual parece innegable, conoció al ruso Evgeny Omelchenko con quien se amistó y aprendió a decir ¿Kako se zovete? Dobar dan, zdravo, molim, da, naravno, nikada, hvala, y otras frases de comunicación corta. En todo caso, Genaro expone tan extrañas historias que su vida suele mezclarse entre la ficción y la realidad.

Otra de las ocurrencias peculiares de Genaro, muy a su

sabor, le condujo a pensar que su material literario no recalaba por la poca perspicacia de los editores en descubrir nuevos talentos, y por el recelo de los escritorzuelos lamiscones. La guerra es más fácil iniciarla que terminarla; lo leyó en algún extraviado documento comunista. Con base en esas digresiones, se empecina en adelantar un *casus belli* literario contra las llamadas vacas sagradas de las letras.

En un cálido atardecer decembrino, sintiéndose poseído por una ira visceral, acosado por la soledad de su frustración, hace una enorme hoguera con los volúmenes que descansan en la biblioteca heredada de su padre. Textos que no alcanza a cambiar por marihuana, unos descuadernados libros escritos por Joyce, Cioran, Borges, Kundera y otros tantos autores. No se escapó ni Cortázar, de él se instruyó: «El escritor tiene que incendiar el lenguaje, acabar con las formas coaguladas».

En su incomprensible ataque a los grandes escritores antiguos y modernos se impuso incinerar sus escritos dizque para que ningún mequetrefe iletrado fuese a destruir su excelsa prosa, o se atreviera a plagiar con mal gusto su incuestionable originalidad. Incontenible en sus ánimos piromaniáticos, busca y

rebusca en la vivienda todo lo que tuviese letras: varios ejemplares atrasados del Almanaque Bristol, una biblia mormona, la carta de los Derechos Humanos, secciones culturales del periódico de la ciudad, los títulos de propiedad de la casa e inclusive un amarillento fardo de románticas cartas, atadas con una cinta verde, pertenecientes a su madre, las cuales evocaban aquellos amores pretéritos. Todo ello alimentó la hoguera inquisitorial. Al cabo de dos horas, los rescoldos de la pira humeante fueron esparcidos en lo lontano por el aletazo de un aullante ventarrón.

—Éste Tobar no tiene arreglo. —Grita su madre al verlo tan enajenado, cuando le arrebatada medio chamuscada la Biblia Hebrea—. Eres un sinvergüenza, hijo de no se sabe cuál padre; ¿Cómo se te ocurre incinerar la sabiduría del mundo? Nada más mire en lo que deja la milagrosa e infalible novena para rezarle a las almas de los difuntos; virgencita de Fátima; mal hijo, cabeciduro, desalmado, me vas a enloquecer, si en tus arrebatos literarios decides quemar a tu madre, mírame bien zoquete, avísame para confesarme. Júrame que cambiarás. —Apoyada en una mohosa escopeta de perdigones le puso al corriente de que ella no disponía de más paciencia para seguirle soportando herejías.

De pronto, se siente iluminada por la mansedumbre de san Francisco de Asís, se tranquiliza, raya su cara con la señal de la cruz, se da tres golpes en su abultado pecho, encarama el herrumbroso escopetón en la destartalada alacena, ingresa con rapidez a su cuarto, se cambia de ropa para ir a la iglesia con el abatido ánimo de arrepentirse en cristiana devoción de su reciente iracundia.

Genaro olvida las promesas apenas ella hubo vuelto la espalda. En los treinta y nueve años de vida, es la primera vez que nota a su madre tan encolerizada. Antes, ella le ha condonado decenas de faltas: nunca le enrostró la apetencia por fumar yerbas, el hurto de dinero en efectivo de su reducida pensión, el constante robo de huevos, los asaltos a la cocina para mitigar el desaforado apetito, la venta del reloj suizo, herencia de su abuelo y el lento apoderamiento de las reliquias en cobre.

Mucho rato después de salir su madre, dos toques suaves en la puerta lo obligan a girar sobresaltado. Abre, observa con sorpresa a un joven afable quien lo saluda, y al acto le pregunta:

—¿Es usted el escritor Genaro Tobar?

Un súbito aire de grandeza lo rodea y con la jactancia de un bufón de corte, suelta la lengua con manifiesta complacencia:

—Aquí estoy en cuerpo, porque el alma vuela poseída por las musas del Parnaso. El artista sólo cuenta con las estrellas, creo.

El muchacho sonríe con su cara agachada. De un viejo maletín negro saca una carta. Con una venia un tanto dubitativa se despide.

—Adiós, laureado escritor.

Luego, silbando a rebato una jocosa cancioncilla abandona el sitio con paso distraído.

Dentro de su habitación, Genaro toma aire, descifra que aquella pesadilla con el gladiador le augura gratas sorpresas; pasa a la mesa, abre el sobre, extrae la misiva, la deja pisada con una taza de café, entra al baño, revisa las rendijas asegurándose de que nadie lo vigile, recoge del piso una hoja escrita a mano en la que se lee: dos cuarterones de papa, una pucha de leche, media cuartilla de maíz, una pizca de orégano, un pimentón, una panela, una pezuña de marrano. Tira a la basura esa vieja lista de encargos. Regresa un poco más confiado a la mesa. Entonces en voz baja para calmar la presión de los sucesos ocurridos en la última hora, empieza a leer:

Señor
Genaro Tobar:

Es para nosotros muy grato dirigirnos a tan promisorio narrador. Hemos tenido el gusto de disfrutar la lectura de su producción novelística y le aseguramos que nos ha dejado impresionados con su capacidad literaria. Por ello decidimos enviarle esta comunicación con el fin de entrar en contacto con usted para hacerle una propuesta editorial. Comprenderá que para nosotros es primordial trabajar con polígrafos poco conocidos pero dotados de talento escritural, como en particular es su caso. Por lo anterior le solicitamos con urgencia ponerse en contacto con nuestra oficina principal en Bogotá o Cali.

Teléfonos: Bogotá: conmutador. 3474456- Cali: conmutador. 4378958

Editorial AGUJA



Piensa en llamar, levanta el auricular, pero de inmediato acata que no hay tono, el servicio lo suspendieron por orden de su madre.

Exultante de alegría proyecta su mirada en el horizonte, lo

envuelve un imaginario nimbo de grandeza. Se cala un desgastado gabán negro, tira un portazo y con paso alígero acude a mostrarle la misiva unos conocidos.

Se traslada a la vivienda del notario, un hombre inmerso en la literatura, amante del buen vino y la carne, erudito en diversos temas, traductor de textos del francés al español y ante todo, seguidor incansable de la historia militar. El Notario es conocedor de las calenturas literarias de Genaro. Al verlo lo saluda con efusividad:

—¡Hola señor! ¿Qué buenas lo traen por estos lares?

El escritor responde con un apretón de manos y en seguida le enseña el papel motivo de su visita. El notario pone cara de emperador romano, cierra el libro que está leyendo sobre la batalla de Waterloo y los aciertos de Wellington, mientras Genaro lo observa con curiosa humildad.

—Bueno, bueno —añade el notario, luego de leer el pliego—, cárgalo a la experiencia, parece que el mundo te sonríe. Así las cosas, si anhelas una obra vigorosa en las letras, te resta ajustar un tanto tu estilo escritural: consultar unos textos que no has leído, mejorar la ortografía, aprender a describir los personajes y darles una personalidad psicológica, no enredar las escenas, ser

más colorido y musical, utilizar los verbos de manera adecuada, no abusar de los adjetivos, ubicar con claridad el papel del narrador, coordinar el manejo de los tiempos de la historia, desalmidonar las ideas, no cansar al lector con tantos rodeos, reconsiderar el orden sintáctico en las oraciones y ante todo, revisar con sumo cuidado a Marcel Proust, es un maestro al que no se puede sustraer nadie que aspire a ser tildado de escritor. Solventado lo anterior ya podrás decir que eres un escritor.

—Qué bien —reprocha Genaro con insobornable convicción—, colijo que no es tanto lo que me falta. Repasaré un poco la ortografía, lo demás son naderías que en un dos por tres se corrigen.

No quiso más recomendaciones y de entero se echó a navegar las calles, no sin antes agradecerle al notario sus palabras. Al emprender una empinada senda, comienza a hilvanar un hipotético discurso para cuando se realizara el lanzamiento de su libro: «Señor Presidente de la Real Academia de la Lengua, ministros, magistrados, escritores y amigos en general, gracias por asistir a esta velada literaria...,» De repente, un toque suave en su espalda, con la palma de la mano por parte de un uniformado lo saca de sus quimeras. Desconcertado, y un poco salido de casillas, le grita al jefe policial:

—No es posible señor comandante, es imperdonable que usted, preciso usted, el encargado de velar por los sufridos ciudadanos de este país analfabeta, venga a fregarme. Con esa actitud queda muy mal parada su institución. Es intolerable e inaceptable; yo apenas preparaba mi inspirado discurso para la presentación oficial de mi libro, y usted, de buenas a primeras, realiza una acción digna de las perpetradas por las galladas de Francisco Franco en España, en contra de la inteligencia. Vea, para su ilustración, cuando a uno lo acompañan las nueve musas del Olimpo, no se le puede interrumpir así porque sí. Sepa y entienda, si es que un carcelero de la libertad y del orden es capaz de comprender: a los seres pensantes no se les golpea ni mucho menos se les distrae, más bien, se les protege.

—Ni usted salvará a la sociedad ni yo un criminal por una acción tan irrelevante.

Diez minutos tarda en aclararse los malos entendidos, el uno desea saludar a Genaro y el otro no quiere saludar a nadie porque ya se siente en las altas cortes de la literatura.

Se arrima a un quiosco hecho en guadua y paja, compra el periódico o, mejor dicho, lo fía, se retira un tanto, se pone a orinar,

se moja la punta de los zapatos, los seca restregándolos contra la bota del pantalón. Un perro le enseña los dientes, lo evade espantándolo con una piedra, luego con sumo cuidado lee el horóscopo. «Jamás lo dude, usted es importante, ha venido al mundo para ejecutar grandes proezas. No olvide que la paciencia, la insistencia y firmeza de carácter son su mayor apoyo; tenga cuidado, alguien cercano a usted le pone en riesgo su futuro, quiere jugarle una mala pasada. Encienda con fe durante una semana, velas color terracota». Relee la publicación de su tarot para asegurarse del contenido. De golpe sonríe satisfecho.

En el fondo, se siente merecedor de tan estimulantes augurios, al instante recuerda las frases de un clarividente que expresa: en la interpretación de los sueños, adivinaciones y presagios los hombres se complacen con estas quimeras y toman nota del resultado cuando la predicción se cumple; y cuando no, que es el caso más frecuente, las desprecian y pasan por alto. Pensativo por la última digresión se detiene en la mitad de la calle, por poco lo arrolla una buseta de transporte público.

—¡Ponga cuidado! No ande a la topa tolondra. Pintar estos carros vale mucho —le grita el chofer con una severidad sin grietas.

Aún no se repone del susto y del ultraje, cuando un taxista, asomando su cabeza por la puerta, le espeta en voces menos cordiales:

—¡Güevón, va a cambiar el culo por una lápida!

Él los mira con infinito desprecio, da tres saltos antes de que lo atropellen, furioso aprieta los puños y en tono categórico se rehabilita:

—Deslenguados, ya me voy.

Frente a las enervantes disyuntivas, camina a tientas y a locas, por descuido pisa un excremento, se detiene un tanto preocupado, piensa que se está derritiendo con alguna anticipación.

Su consuetudinaria parsimonia y la mierda recién destripada lo forza a sentarse acezante en una banca del parque. «Al fin de cuentas —rumia para sí—, un genio de las letras puede recostarse con su esqueleto, su molicie y con el cansancio de sus pensamientos, donde bien se le antoje».

Divagando fiel a su costumbre e imbuido en sus despropósitos, atisba en su megalómana actitud la posibilidad de entretejer una chanza.

«Tengo tiempo de mostrarle la carta al periodista Ramiro —se expone a sí mismo—, para verlo gaguear de la envidia, y poder así inyectarle más envidia a esta enemistad, una relación construida con más silencios que con diálogos. Los mediocres son la mayoría, él no hace parte de la minoría. Igual, voy a llamar a mi gran amigo Evgeny Omelchenko, en Krasnodar, Rusia, y le comentaré que más pronto de lo imaginado leerá mis libros en cirílico, su idioma natal».

Son las once y treinta de una noche erizada en sorpresas, nueve horas han transcurrido después de recibida la fausta comunicación: una ambigua pero socarrona voz lo llama por su nombre.

—Genaro, ¿qué haces? No imaginas cuánto deseaba verte, te he estado buscando; he tenido varios sueños contigo. Bien conoces, una cosa es entender y otra muy diferente, aceptar. ¿Sabes a qué me refiero?

El escritor se sorprende, abre bien los ojos sin comprender la aparente afabilidad del mensaje. Con aire de quien va a exponer algo muy indispensable, le responde sin mudar aires:

—Hombre periodista ¡ah qué milagro!, estoy feliz. Yo también anhelaba encontrarme contigo.

Saca de su bolsillo la bienamada carta y le estira su huesuda mano.

—Ajá, mira lo que me envió la editorial, léela con cuidado y dame tu concepto sobre la enormidad de mi fachendoso genio literario; va a correr bastante tinta en los diarios sobre este suceso.

Trece años tardó el periodista para cobrar su revancha. La mueca de complacencia en su rostro se acentúa, y con el fundamentalismo de un musulmán, la hipocresía de un político y la picardía de un cagatintas, le expresa:

—Vaya la hora de cobrar: La venganza es bocado de rey. Sépalo, tenemos la felicidad que hemos prodigado. Pásela por inocente.

¿Acaso no recuerdas? No puedes olvidarlo tan fácil, hoy es el día de las inocentadas. ¡Ay Dios! por fin la tortilla se vuelve.

Genaro, al escuchar la inesperada perorata, se acucilla suspendido en el tiempo; sepulta su cara entre las manos, hace rechinar sus manchadas muelas, y frunce el ceño maldiciendo a la humanidad. El infinito se le vuelve gris, piensa en la fama, la compara con una mujer hermosa pero huidiza.

Por fin recuerda cuando en un frío plenilunio, trece años atrás, con

fementidos argumentos hizo ir hasta la capital al periodista Ramiro para recibir un jugoso premio en efectivo a la vida y obra de un reportero. Chanza que en aquella oportunidad le costó a Genaro la rotura de la nariz y la pérdida de credibilidad ante Ramiro. Broma que apenas hoy concluye de pagar con la desvanecida ilusión de poder publicar su primer libro en una reconocida editorial, con la fallida posibilidad de salir del anonimato, y la vaga opción de alcanzar un reconocimiento mundial.

Sólo hasta ese momento se le aclaran sus confusas imágenes. Reconoce que en toda idea, por más que se discuta lo contrario, hay una verdad o un error a medias. Sabe de buena tinta que *errare humanum est*, pues las verdades son circunstanciales y, en resumen, jugar con el efímero destino de los seres humanos no debe, bajo ninguna razón, permitírsele a nadie ni siquiera a los dioses y a los demonios que la astucia y el temor del hombre han creado.

Presa de un lancinante despecho recuerda lo leído en un libro: «Qué desgraciados somos, tenemos una idea de la felicidad y no alcanzamos a conseguirla; creemos poseer una visión de la verdad y no podemos conocerla». Verifica por su cuenta la rotundez de este apotegma, y comprende que nada es completamente cierto.

«Traidora, pordiosera esperanza ¿cuándo fenecerás?» — murmura al viento—, levanta su cabeza e intuye que las utopías en los escritores se presentan y repiten en un círculo fantasmal de nunca acabar, como si fueran persistentes rípios del olimpo griego.

Desconcertado encuentra que, por capricho cósmico, en los escritores sobrevive la condena de Sísifo de cargar, una y otra vez, la misma roca y llevarla hasta la cima de un monte para luego dejarla rodar.

Se propone enviar sus libros a cuanta editorial conozca para mostrarle a Ramiro y a las gentes chismosas de su barrio que Genaro ha nacido para quedar en la memoria de los hombres, así deba ascender hasta el monte de sus utopías.

Él sabe que los males son innecesarios y que los escritores están hechos para advertir a la sociedad de sus males venideros y hasta necesarios.



Miguel Alberto González González

El trasegar sin rumbo

Cuando nos dicten el destino variemos los caminos para cambiarlo.

Esperanza dubitativa, cariñosa, nerviosa, amorosa, coja, farandulera, loca, revitalizante, discontinua, tentadora, desesperanzada, líquida, titubeante y pordiosera. En todo caso, que no se pierda la esperanza en la humanidad.

Las lágrimas mienten como la risa.

Una bandada de pájaros amarillos, de brillante plumaje, desciende en vertiginosos giros alegrando el espacio con sus tonalidades, anunciando con su vuelo la sorpresiva llegada del otoño; estación que, entre otras cosas, jamás se ha presenciado en la ciudad. La belleza ubérrima del paisaje contrasta con aquel ser condenado a

rumiar la libertad.

Como ejemplo patético de su propio destino y de la emancipación, se aparece en mi casa, en esa extraña estación otoñal, un joven de apariencia anacrónica, de grasientos cabellos, ojos negros y mirada oblicua, mejillas abombadas, rostro cetrino y no más alto que mi padre. Entre sus haberes trae un mugroso costal de fique lleno de tiestos y cachivaches; en su mano derecha carga un enigmático gato amarillo de manchas blancas, y bajo el mismo brazo abriga la obra *Theory of the relativity* de Albert Einstein, mientras su mano izquierda agarra con firmeza una vara de tirso. Por su alelado caminar y excéntrico vestuario se asemeja a un aprendiz de la vieja escuela de los cínicos.

Con una voz gutural nos saluda. Mi padre, un veterano en uso de buen retiro, medio diletante, le contesta displicente, pero al darse cuenta de que se trata de un andariego investigador lo manda a entrar con amabilidad. Él, influido por ideales humanísticos, aduce en tono reverencial: aquello que le acontece a un hombre, por fuerza, afecta a todos los hombres.

Bien vale la pena comentar que de entrada mi progenitor se congenia con Emmanuel, sosteniendo con él una inconveniente relación de amistad. Hechos el uno para el otro, tal para cual.

Con el tiempo, y pese que a mi madre no le agrada su presencia, termina viviendo en mi casa. Al fin de cuentas mi padre lo defiende a trancas y a barrancas.

Se desviven escuchando a Bob Marley; la canción *Soul rebel* les resume un estado de vida. El jamaquino simboliza una revelación que nadie podrá pasar por alto, fumara o no maracachafa —de acuerdo a ellos—, cualquier persona de cultura media debe sí no embeberse, al menos si conocer lo suficiente acerca del reggae, ritmo musical llevado a las alturas por el antillano. *I'm a rebel, soul rebel, soul adventured... if you are not living good, I beg you..*, pronunciaba el nuevo rey de los rastafari, y ellos, es decir, mi padre y Emmanuel vocean con claridad *don't you believe*, parece que desconocen la traducción de estas frases, aunque quieren aparentar ante los demás de no pecar por ignorantes en el inglés. Según papá, quien dé oídos a esta música irremediable se convierte en marihuanero.

Contagiados por idénticas aficiones duran horas alucinando sobre temas que, en versión de ellos, son de capital significación para la sociedad. A despecho de mucha gente discuten y escriben, al alimón, sobre asuntos disímiles, a saber:

- Debilitamiento de la capa de ozono y su recuperación con humo de marihuana cultivada en las cumbres andinas.
- El aprendizaje de la metempsicosis y de los viajes astrales para reducir la producción de aviones.
- El fútbol y la guerra se parecen en sus lenguajes y acciones.
- El ocio sin sexo para la contención de los deseos.
- El oscurantismo de algunos musulmanes es igual al oscurantismo de sus dioses.
- El sexo oral y el beneficio para fortalecer los músculos de la boca y el sistema olfativo.
- El sistema límbico del cerebro y su conexión con el limbo cristiano.
- Endurecer la docimología con los aportes de la acroamática y la erotemática.
- Entropía es miopía del orden.
- Importancia del azufre en los confines infernales y bancarios.
- La astrología como madre de toda ciencia y abuela de toda religión.
- La locura es exceso de ficción y la cordura exceso de control.
- La similitud de enseñarle el abecedario a los loros y a

los profesores.

- La urgencia de que las mujeres francesas vuelvan a usar cinturón de castidad y el cabello hasta la cintura.
- Las experiencias metafísicas y los nueve coros angélicos.
- Los extraterrestres no hacen filosofía obscura y blanda sino ciencia pura y dura.
- Meter miedo es el negocio más lucrativo de los poderes.
- Reeditar una Biblia bien macanuda con fotos de María Magdalena desnuda.
- Recomendamos, en las próximas elecciones, votar por Alí Babá y los 40 ladrones, al menos se reduce el número de ladrones a 41.
- Si nos enseñan un banquero honrado nosotros les damos a conocer un capitalista sincero.
- Suspender la entrega de diplomas y títulos en los sistemas formativos del mundo –universidades y similares- para que realmente se dediquen a enseñarnos a vivir juntos.
- El sin sentido ganarse la lotería y repartirla para que todos sigan igual de pobres.
- Reencarnar, una muestra de la economía celestial.

Al último tema les responde de modo vehemente un periódico de la región en su editorial. A mi parecer en el segundo párrafo son muy concluyentes, leámoslo: *«Creer en la reencarnación es aseverar que Dios no es capaz de producir nuevas almas, limitarle al Rey de los Ejércitos Divinos su infinito poder de creación, es una majadería, sería tildarlo de perezoso y Él de ningún modo lo ha sido. Quédenos claro: el Monarca del Bien puede producir almas con sólo imaginarlo. Posdata: los solecismos encontrados en esos pseudo ensayos serán objeto de análisis por parte de nuestros asesores en gramática. Errores que muestran lo poco conscientes y serios que son los escritores, nos reservamos sus nombres. En definitiva no manejan el arte».*

No contestan al diario, dizque —aclaran ellos—, por no disponer de tiempo para discurrir con camanduleros y maestrillos chapados a los arcaísmos.

Es inevitable comentar sobre su ironía y el cómo saborean los adagios populares porque, según sus escudriñamientos, son asaz generosos en antivalores. Por ejemplo: «En el camino se arreglan las cargas», ellos indican que eso es lo mejor,

pues nunca se arreglaban los fardos. No hay tiempo o bien se mueren las mulas o las cargas no aguantan tantos arreglos. «Hay que aprovechar el cuarto de hora». ¡Perfecto!, dicen ellos, para asumir el poder, ya que ateniéndose al refrán, cualquiera se lleva los impuestos de los contribuyentes. «No hay mal que por bien no venga», brillante, arguye mi padre, así nos dejamos enredar. «Mejor pájaro en mano que ciento volando», tamaña majadería, explica Emmanuel, ¿dónde se habrá visto mayor alabanza a la pereza, que en ésta sentencia? Dogmáticos marcan lo encantador de los proverbios del vulgo, ya que permiten seguir desquiciando a la sociedad.

Contrariando la creencia católica de la región, divulgan un artículo para bajarle la caña a los religiosos, el cual titulan: ***Mejor el yin y el yang que la fábula del Paraíso Terrenal.***

Debemos continuar explorando el yin y el yang de los chinos, aquellas potencias opuestas y complementarias. No podemos seguir pensando que las cosmogonías sobre la creación del hombre han sido estáticas. Los asiáticos asocian el yin con lo oscuro, húmedo, pasivo, terrenal y femenino. Mientras que el yang representa lo brillante, seco, activo, celestial y masculino. Ambos se combinan en distintas proporciones para producir las esencias del Universo. Siempre hay un elemento del yang en el yin y viceversa. Están simbolizados por un

círculo dividido en una sección bruna y otra nívea, con un punto níveo en la parte bruna y uno bruno en la parte nívea. Esta interacción indica que las características del uno no pueden existir sin las del otro. El desequilibrio entre el yin y el yang es el causante de las revueltas, inundaciones y enfermedades. Por ello los sabios aconsejan a gobiernos e individuos sobre cómo restablecer la armonía en las relaciones entre el yin y el yang.

De existir, perdonamos a Dios de todo corazón, pero no a los católicos y musulmanes por no aceptar otra forma de creación del universo. Aunque estamos inclinados a desechar todos los preceptos religiosos sobre nuestro origen, igual sentamos nuestra nota de protesta contra la simplista teoría darviniana de la evolución. Nos inclinamos a creer que somos el experimento de algunos seres divinos y cercanos a los humanos que viven en otras esferas, motivo por el cual nos hallamos imperfectos.

Así remata el exordio para demostrar que estamos lejos de conocer nuestro origen. Tampoco insinúan como han surgido los dioses que ensayan con nosotros en esas esferas. No son escuchados y, que yo sepa, nadie emite un sí o un no a tales alegatos. El aspaviento que aspiran generar no se suscita.

Fieles a sus cosas, recalcan que la finalidad de existir es el goce; por ello se debe vivir de instante en instante dada la radical incertidumbre del futuro. Argumentan que no se puede dilapidar el

tiempo, pues a ningún dios le va o le viene. Con aire profesoral escriben que en la antigüedad los maniqueos aseveraron que el mundo fue creado por los dioses del bien y del mal; aunque de ello no están muy convencidos, tampoco les atormenta tal idea, pues ante tantos y tantos postulados filosóficos, cualquier otra tontada da lo mismo; al fin de cuentas, ratifican encomillando el escrito: “el hombre es el único mamífero pensante interesado en la existencia de un ser superior, que lo controle in *hac lachrymarun valle*”.

Inobjetable el sarcasmo utilizado para referirse a Popper, Habermas, McLuhan, Chomsky, Derrida y Morin. Pero más que de ellos, se mofan de sus obcecados seguidores. Los tildan de ser simples repetidores de cosas ya dichas en siglos anteriores, sólo admitidas como últimas verdades por los ingenuos.

“¿Dónde dormirán las últimas verdades?” cuestionan ellos. Alegan que los hombres de hoy viven enloquecidos por las novedades del momento, por ello se dejan enredar de cualquier charlatán con trazas de reformador. Al fin de cuentas, es más fácil vivir a la moda, a lo último, que sentarse a escudriñar en las páginas de la historia.

Con tropicalismo criollo chismosean de medio mundo, pero congenian con todos; parecen no albergar otras

responsabilidades, el tiempo se les diluye en profundas o insulsas tertulias; ambos se sienten incomprendidos; juran a voz en cuello que los humanos somos unos bichos miserables, por fortuna, sentenciados desde su creación para la muerte.

Puesto que las pesquisas adelantadas por Emmanuel se hacen más o menos conocidas, ello no cambia sus ambivalentes actitudes de trajinar a troche y moche recopilando datos. Asegura que el verdadero viajero y el auténtico investigador, debe renovar sus metas. Plasma en los escritos aspectos de su variable personalidad; con soberana soberbia dice que ver una pintura elaborada por Mondrian es perder el tiempo y malgastar la vista, y que reparar una gorda pincelada por las manos de Botero es abusar del tiempo y contaminar la vista.

Cierta noche, no recuerdo el día ni la fecha, llega venturoso. Sin dudarlo me despierta para mostrarme en borrador una hagiografía, sesudas compilaciones sobre enormes científicos casi desconocidos y poco mencionados por los pseudocientíficos actuales. Con inseguridad al principio, pero después con una voz más firme, me explica que en verdad le enfurece el poco aprecio y la mínima credibilidad que dan sus allegados a los esfuerzos por él realizados.

Al descubrir su aspecto conturbado, sin abajamientos lo consuelo:

—Que va, no se malhumore, usted y yo descubrimos el acierto de Plauto al citar, *homo homini lupus*, o sea, el hombre es un lobo para el hombre. Al fin de cuentas, y por suerte, el infierno siempre serán los otros. No se preocupe por las confusiones, el mundo las necesita, sino las hay, las inventa. Sea consciente de que en la tierra estamos atestados de críticos, hipócritas, incrédulos y envidiosos. Los tontos confunden lo hueco con lo profundo y a los sabios, con frecuencia lo profundo les parece superfluo. Si quiere amargarse la existencia dedíquese por vocación a cambiar la vida de los demás y por ti mismo comprobarás los resultados.

Sin justipreciar mis aportes, el muy relamido desvía la vista al centro de la ciudad, y en tono sonriente me desaíra:

—Lo más fácil que hay en la vida es dar consejos. Así que por favor, en lo sucesivo, guárdese las ideas salvadoras. Cuando discuta con un bobalicón, fíjese que él no lo esté imitando.

Ante su respuesta, me levanto de golpe e ingreso a la cocina para prepararme un café. No sin antes responderle como es el caso:

—Usted es un rebuscado, un desorientado que no se da a los

demás, hay que integrarse a las mayorías.

—Todo por cantidades es desastroso, veamos: una paloma es una maravilla, mil juntas un terror, igual podemos decir de los lobos y los perros. Bueno en cuanto al hombre, éste así permanezca en solitario sigue siendo una verdadera inmundicia.

Desconcertado porque no comprendo sus chifladas disquisiciones ni sus numantinos enfoques, resuelve callar e irse a dormir. Él sabe que mi padre lo entiende con extrema facilidad. Al fin y al cabo, ambos adveraban: siempre que haya una puerta, existirá quien la abra.

No todas se las trae consigo. Un viernes, cuando, al recitar poético, Selene cubre parte del firmamento con su mirada y los fuegos fatuos no cesan, el investigador es sorprendido por el sepulturero del pueblo profanando tumbas y socavando cavernas como si fuese un espeleólogo. El entierramuertos con trazas de valentón, amenaza con podarle la cabeza de un tajo con su filoso machete, pero Emmanuel, sentándose en una roca cubierta de musgo, no del todo tonto, le sale al quite:

—Mire, guachimán de difuntos, lo que no os afecte que no os preocupe, no peleemos. Tenga en cuenta, deben existir dos

partes para una confrontación, yo no soy una de ellas.

Luego de un corto suspiro le revela al enterrador que está en pos de una valiosa averiguación histórica. Ya más compenetrados, y en menos de lo que Jesús tardaba en resucitar muertos, ambos se amangualan para dejar la profanación en secreto; ello gracias al hallazgo de algunos dientes de oro que prorratean, luego de extraérselos con pericia de curtidos sacamuelas, a varias de las calaveras señoriales de antiguos ricachones.

Transcurridos varios años comprendo que a Emmanuel es imposible conocerlo a fondo y no creerle; creerle y no respetarle. Pero también reconozco que antes de aceptar sus extravagancias, deben pasar muchas borrascas bajo los puentes. En alguna ocasión le pregunto sobre sus creencias; a fuerza de ambiguas y superpuestas teorías, acota que sus divinidades son la ironía y la paradoja; a voz en grito, asegura que el hedonismo es la única doctrina que medio puede salvarlo a uno de los avatares de esta amarga existencia, ya que, en últimas, la conciencia del placer atenúa tantas incongruencias.

En ocasiones Emmanuel parece el verdadero salvador de la especie humana; en sus respuestas no afloran límites, de suyo es y sigue siendo transgredir las normas, nada de medias tintas.

Recuerdo muy bien aquel día en que sin tapujos le responde a mi hermana que la curiosidad hace perder más virginidades que los desafueros de un sátiro. Argumenta que siempre necesita estar calzado: «un hombre que no lleva zapatos no vive alerta, el mundo le está pasando bajo sus pies».

Otra noche —y es la que mejor recuerdo—, trae una investigación concienzuda, según él, indesmentible, donde expone con aparente acierto, la importancia de que existieran hombres inclinados a realizar el mal.

Sugiere el comienzo de algo significativo. Me siento en el taburete de vaqueta a escucharle. A guisa de exordio, descarta a Caín como ejemplo de maldad, porque Abel es el verdadero zángano, quien disfruta las mieles, mientras el pobre hermano trabaja cual burro de sol a sol..

—¿Es qué no cree en Dios? — Le interrumpo, para exigirle medida en nombre de la Sagrada Biblia.

—Vea —me dice acomodándose la camisa guayabera—, al principio era creyente. Con los años fue creciendo en mí ese ateísmo que todos llevamos por dentro. Hoy me preció de no requerir dioses ni bobadas similares. Estoy seguro, no existe un Ordenador Universal, no puede haberlo. Así de simple,

creo en lo que perciben mis sentidos.

—Opina usted que dos más tres suman cinco —lo cuestiono al estilo socrático.

—Es indudable —aclara, siguiéndome el juego.

—¿Ha observado el cinco? Me explico, fuera de figurarse la forma, ¿se ha tropezado con el número cinco cómo un objeto material? —le indago, continuando la línea de la mayéutica.

—No. Los números no son elementos materiales, no ocupan espacio físico, cualquiera sabe que son abstracciones mentales, meras ideas —repone satisfecho.

—Luego —asevero con la seguridad de estar venciendo en la disputa—, si sus sentidos o extensión de los mismos no se han topado con los números como entes vivientes, ¿qué lo motiva a creer en el resultado de esta suma?, ¿no piensa qué usted se contradice?

—La diferencia —señala reordenando sus ideas—, es enorme, los números no andan reclamando la invención del mundo ni condenan a nadie. Quedan al alcance del hombre, no se

evaporan.

—Por lo visto, su fe en el ateísmo es producto de la ignorancia. Conozco la premura de muchos en llamar la atención, entregando opiniones de corte iconoclastas. Puedo citarles varios ejemplos en donde las cosas no se perciben con sencillez y, de seguro, usted cree en ellas, tal es el caso de la fuerza ordenadora de la vía láctea y el milagro de la vida, eventos no inteligibles por el hombre, pero innegables.

Mi sorpresa es indescriptible cuando cambia el rumbo de la discusión y, sin rémora alguna, le da jerarquía a los guerreros griegos; celebra con insensatez la batalla de diez años relatada en la Ilíada, la resalta por los miles de muertos y la estratégica intervención de los dioses humanizados. No me gusta su zalamería, por eso lo freno en seco y a mi manera:

—Pues claro, ese cuento me lo sé desde muy joven, no venga a descrestarme con historias tan trilladas.

Sin ningún contratiempo emprende un recorrido por los anales; menciona los desafueros divinales, las destrucciones romanas; luego salta al período de los bárbaros, se jacta de saber más de lo necesario sobre Atila. Al verlo tan insoportable decido levantarme. El amago no sirve; insiste en la bondad de las

cruzadas, acusa a los moros por no haber ultimado a todos los españoles, alaba a Pedro el Ermitaño; destaca a los negreros, defiende con ardentía la inquisición; añora la guillotina francesa, la cicuta griega, entroniza la colonización por el beneficio social de liquidar a iletrados indios. El desvergonzado para en la segunda guerra mundial para bendecir a ese asesino de cuerpos y conciencias. Aprueba los desmanes de los nazis en los campos de concentración, para él, Auschwitz simboliza una interesante prueba de eficacia. Desarticulado y delirante desea el estallido de una bomba de hidrógeno para controlar la explosión demográfica. Adora la revuelta bolchevique, la revolución cultural China, la guerra del Vietnam, la guerra de Corea y las purgas comunistoides. Cada que describe a un sanguinario, se deleita pormenorizando las iniquidades. Le parece muy gracioso tildar de bienaventurados a los patrocinadores de guerras. Resalta la teoría de los quanta, platica maravillas de Stephen Hawking y los que descubrieron los agujeros negros, pero ante todo, añora conocer los secretos para forzar la explosión de unos diez agujerillos negros para que no dejen piedra sobre piedra. En aquel momento no le acepto semejante despropósito. Mi temperamento controversial no se deja amilanar por cualquier palurdo con tufillo de ilustrado.

—Estrújese el cerebro —le replico ofendido—, la solución no es

acabar con la vida. No olvide que cada hombre vive lo apolíneo y dionisiaco en un contubernio escabroso, en sus contradicciones se apasiona por el pasado y el futuro.

—Al hombre —interpone con basta seriedad—, lo jode ese vaivén entre pasado y futuro, el día que le extirpen las neuronas encargadas de controlar esos tiempos es probable que encuentre la felicidad.

—Tengo fe en que muchas cosas cambiarán en beneficio del hombre.

—Hasta risa me da, espigaré un tanto más esa idea: fe es un estado vacío del entendimiento cuando no se tiene certeza de nada.

—La fe, Emmanuel, mueve montañas.

—Oigan a éste, cuando dejará de repetir bobadas de la plebe. La fe no transporta nada, sólo coloca imaginarias montañas donde no se requieren.

—Usted contraviene el orden, pero no entrega fórmulas y hace muchas preguntas necias —le replico exento de humildad.

—Para mí, preguntar es, ante todo y sobre todo, cuestión de supervivencia.

—Emmanuel, en algo estamos de acuerdo, cuestionar es una especie de esperanza, y ésta no se le puede negar a nadie.

—Aprenda a distinguir los temas, la esperanza es otro género de castigo, viaja de la mano con el futuro, y ambos son una porquería que se confabulan para enajenar al hombre.

—Todo acaba alguna vez, incluso la logorrea o la teorrea.

—En últimas, lo antes relatado —me manifiesta en tono apacible—, es producto de mis cavilaciones, luego de leer algunos libros y adelantar búsquedas en internet. En lo que a mí respecta, nada tengo que ver con genocidios, pero en verdad, he terminado queriendo a los justicieros porque son la conciencia oculta del humano. Además esa es la condición innata del sapiens, hacer el mal y propender por la devastación entre nosotros. Si yo asumiera el poder —remarca con maléfica sonrisa—, envenenaría los acueductos y clonaría al más efectivo destructor de vidas para acabar con esta farsa. Mire qué diferencia hay entre el hombre y el resto de vivientes. Por citar un ejemplo: a los peces en la medida que se les pesca, se extinguen; entre tanto, con el hombre es paradójico, entre más se le asesina, más se multiplica.

—¡Ah sí! Emmanuel, dejá de ser atorrante, por mi parte espero la muerte pronta de esas ideas mal concebidas. Tómese la molestia de coger sus conceptos y guardarlos en un cofre, no sea que alguien empiece a creer en las payasadas que usted garrapatea. La verdad hace libre al hombre, la mentira lo esclaviza.

—Te digo, somos la élite de las estupideces. Sin duda, las mentiras son las prolongaciones de la imaginación, unas corazas usadas por los hombres para salir avante en situaciones complejas, insisto en defenderlas de ataques moralistas; todo mundo las explota. Ahora, otro buen invento de los hombres han sido las guerras, lástima que sean tan poco efectivas para liquidar, sin tantos preámbulos, a la especie humana. Al fin de cuentas —señala revalidando su extremismo—, inmortaliza estos dichos: la vida se debate entre realizaciones y frustraciones; pero estas últimas triunfan por abrumadora mayoría. Y para sellar, a ver si me entiende: la grandeza no sólo cuenta en saber llegar, sino en llevar anclas a tiempo.

—Entonces ¿para qué apoya y dice estas incoherencias? —vuelvo a preguntar con menos esperanza que curiosidad.

—El ser humano se rinde a las tentaciones, pero al final nada le desagradaba. Sépalo muy bien, no escribo más que para mí.

Sigiloso abandona mi hogar en una mañana henchida de trinos que saludan la aurora de rosáceos dedos, al recitar de Homero; mientras tanto el dorado sol desflora el espacio con vivaz euforia. De seguro Emmanuel debe alegar: otra vez ese astro luminoso, en definitiva el cosmos no se fastidia de repetir las mismas estupideces.

Emmanuel se fue de mi casa no sin antes dejar a mi padre inmerso en extrañas averiguaciones. De él aprendí varios trucos, pero no puedo olvidar su principal deducción: estallar de risa por todo, como la mayor prueba de libertad.

En mi hacinada habitación queda un cuaderno con fotos en blanco y negro de su familia, en una aparece Emmanuel recibiendo la confirmación de un obispo. Al revisar las páginas de su diario encuentro varios de sus lunáticos apuntes. Al abrirlo, por azar, leo dos reveladores aforismos escritos de su pluma. En el primero, subrayado con tinta roja sentencia: La tranquilidad es un desarreglo nervioso que por fortuna dura muy poco tiempo; en el segundo, apunta: Los hombres se envidian, los unos a los otros, por su tenebrosa mediocridad.

El tiempo prosigue su curso. Por ahí deambula Emmanuel empapelado de gacetillas que nadie lee. Insiste en que el peor invento de los hombres fue Dios, pero que de existir Dios, su peor experimento son los hombres. Viaja ensimismado en sus meditaciones como si viniera de morir.

Algunos de sus pocos seguidores le han encontrado, anexo a su *taedium vitae* o cansancio por la vida, el termino francés *ennui* o aburrimiento crónico, una suerte de depresión que incapacita a Emmanuel para la acción; otros dicen que no es cierto, porque si escribe entonces no hay incapacidad sino exceso de creatividad. Esto nos muestra que sus amigotes cercanos, les interesa esta extraña vida.

Las lagrimas mienten como la risa, pero Emmanuel miente poco, ríe mucho y llora casi nunca, duda si seguir purgando la culpa infinita de la vida o jugarse la vida en cuerpos lujuriosos. No se ha suicidado, dicen varios, en franca rebeldía contra sus principios, porque sueña con perfeccionar sus investigaciones y promover la veneración de los criminales, en pos de darle luces a la desnaturalizada humanidad de encontrar su rumbo cuanto antes: la inexcusable e inaplazable aniquilación de la especie.



Miguel Alberto González González es un escritor colombiano con varios libros publicados, cuyos problemas centrales de escritura lo constituyen la búsqueda por los lenguajes de los poderes, así como un profundo interés por los tiempos, las políticas y todas aquellas formas humanas que nos fundan en modos pluridiversos. Sus apuestas escriturales difundidas en diferentes lugares del mundo devienen de su recorrido académico-intelectual.

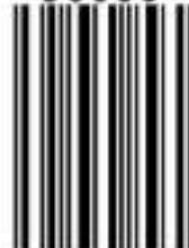
Analectas de la caverna es un diálogo filosófico existencial, pero también es un juego de palabras donde aparecen unos seres humanos que se debaten en un mundo hostil, que lanza su desesperado grito al cosmos con ansias de sobrevivir y de ser reconocido por sus congéneres, una lucha por ganar un espacio en la memoria de los hombres, por incrustarse en la nebulosa del tiempo. Analectas son las historias, los anales, los recuentos de hechos, el trabajo del escribano; que bien merece ser sentenciado al olvido por tornarse en dictador de la palabra. Caverna, es la gruta que describió Platón, es la madriguera, el claustro, el mundo reducido por el que se juzgan los eventos, es el recogimiento que el hombre sobrelleva a expensas de vivir. Es la roca de Sisifo que cada hombre carga a sus espaldas por no saber rumiar la libertad.

All impor
this line.
cut off.

ISBN 9781717827630



90000



9 781717 827630